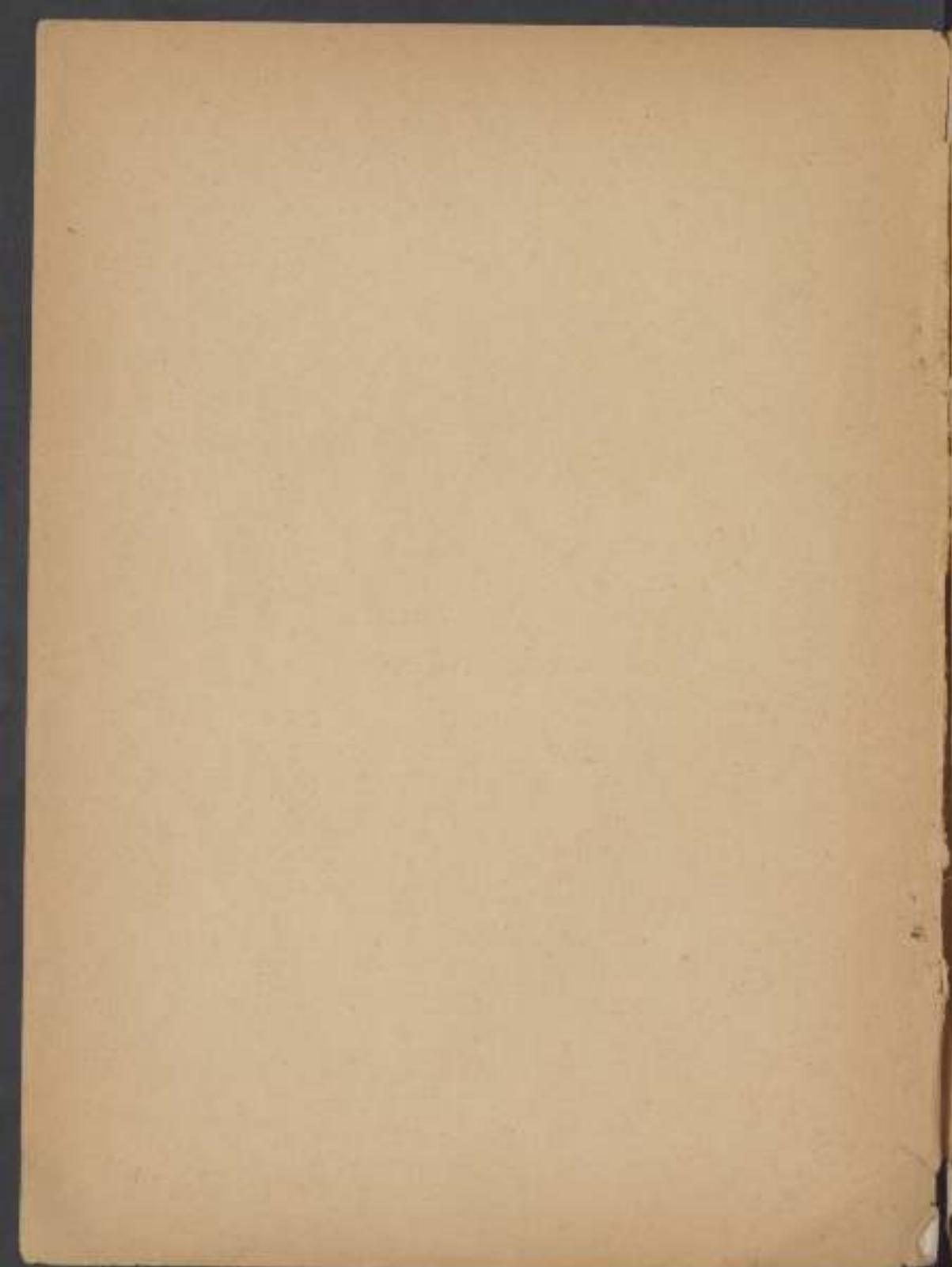


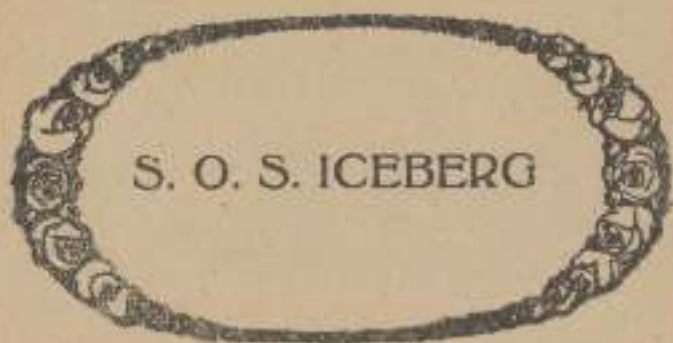


Ernesto
Udet

LOS ICEBERG

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS





S. O. S. ICEBERG

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMON SALA VERDAQUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbadé, 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación semanal

S. O. S. ICEBERG

Los trabajos para la realización de esta obra se han realizado bajo los auspicios del gobierno de Dinamarca y la guía del famoso explorador polar Dr. Knud Rasmussen que toma parte en la historia.

Los datos de esta narración son absolutamente históricos y fruto de severas experiencias científicas, por tanto, faltos de invención alguna.

.....
EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 235

Barcelona

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Dr. Karl Lorenz . . .	ROD LAROCHE
Elenn de Lorenz . . .	Leni Riefenstahl
Dr. Johannes Brond . . .	Sepp Rist
John Dragan . . .	Gibson Gowland
Dr. Jan Matusek . . .	Dr. Max Holshoer
Fritz Kummel . . .	Walter Rimpl
Ernst Udel . . .	ERNST UDET
Nakinak . . .	Nakinak (el perro esquimal)

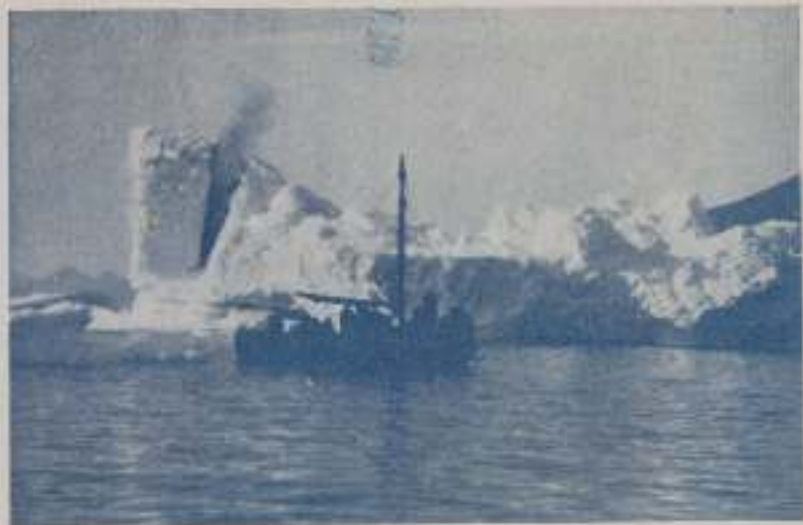
Del libro del *Dr. Arnold Fank* (de la Universidad de Freiburg i. Br.). Adaptación de *Tom Red* (de la Universidad de Washington). Narración literaria del *Dr. P. Jiménez* (de la Universidad de : : : Madrid). : : :



¡Al fin, tierras de
Groenlandia!



...el ruido de un
motor que no pu-
dieron descubrir...



El Borodina, fiel a su
misión histórica en
aquellos momentos
solemnes...



...Cautivos...



- ¿Acampar aquí?
¿No seguimos
adelante?...



Cuando Elena de
Lorez, oyó gritos
de auxilio...



- ¿Se cansa, eh? me lo temía.



... dentro del cobijo y
nuevamente en
el lecho...



Elena de Lorenz,
antes del regreso a
Europa, aliende
quehaceres de su
saga.



Elena de Lorenz,
escalando un
«iceberg».



...En una especie
de puente...



Elana de Lorenz,
comenzó a girar
sobre el iceberg de
nuevo...





... Coincidiendo
con esta llegada
el hidro Motta...



Solo a 500 millas
hacia el Norte
abunda hoy el
tan temible
oso polar.



En efecto, lláves
aterrizó...



Elena de Lorenz,
lleva el colchón de
goma en que des-
cansó su esposo.

S. O. S. ICEBERG

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UNA EXPEDICION FANTASTICA

ALLÁ en el extremo norte del planeta, detrás del infernal ventisquero de Karajak, en la parte más septentrional de Groenlandia, donde bajo el eterno sudario de los hielos árticos parece cesar toda vida, donde la naturaleza se muestra imponente, sin islas ni mares ni tierras, ni igual cómputo de tiempo; una primitiva caverna de témpanos de hielo primitivamente acondicionados se alza como un diminuto fantasma en medio de un blanco cementerio sin confines ni fronteras...

En las paredes internas del horrible cobijo, una sombra humana se dibuja proyectada por una débil llama. Un espectro humano—debilitado y flaca la apariencia—permanece

pensativo sobre un libro intitulado: «Diario del Dr. Lorenzo».

Sin duda este hombre está aprisionado por las heladas bahías, los nevados desiertos, los «fjords» y los monstruosos cambios geológicos de regiones completamente inexploradas. Su cara huesosa muestra una tupida barba, ya desaliñada, detrás de la cual se asoman tétricos y como impasibles ambos ojos.

Una soledad y aislamiento trágicos que el infeliz se debe a sí mismo, cual si ése y no otro hubiese de haber sido su sino. ¿Pero qué importa que él esté convencido de su propia culpa si la Naturaleza de esta región de Groenlandia brutalmente áspera parece decidida a no soltar su presa en manera alguna?

Mostrándose desesperanzado tras

sus interminables fatigas, añade una a otra sus desiguales líneas; apretándose contra su diario cada vez que el horrisono son de los glaciares o el infernal canto restallante de los constantes desprendimientos y nuevas formaciones de témpanos gigantes llega a sus cansados y helados oídos... Una continua danza de la muerte que le enloquece...

«¡Hielo! ¡Hielo! ¡Hielo! ¡Dios mío, qué terrible castigo he recibido!», acaba de escribir en el diario, tiritando de frío y temblando de debilidad.

Dada la duración constante del día polar, el desgraciado había perdido incluso la noción del tiempo; durante sus caminatas y largas marchas había perdido uno a uno casi todos sus aparatos de mediciones y cálculos físicos y geológicos, y luego aquel ruido ensordecedor constante de témpanos y glaciares que chocan y se resquebrajan; ni dormir podía su cansina de mártir... Los víveres guardados como reliquias iban tocando a su fin; ya no era posible disminuir unas raciones que desde hacía semanas y semanas eran insuficientes para apenas irle dejando vivir y resistir unos días más. ¿Cuánto tiempo llevaría desaparecido? El lo calculaba en unos cuatro o seis meses aproximadamen-

te. Ahora ya estaba exhausto y resignado a morir al resguardo de su primitiva choza de grandes trozos de hielo.

Sólo una idea parecía obsesionarle a medida que veía agotarse su resistencia física: «¡Salvad mis diarios!», escribía en otra de las hojas con rasgos débiles. Su vida ya no le importaba tanto como el dejar a la ciencia y progreso humanos aquellas páginas en las que había estampado una por una sus mediciones, descubrimientos, orígenes de los hielos del corazón del polo norte y tantas y tantas observaciones de excepcional importancia, algunas de las cuales revolucionaban las leyes físicas y geológicas más asentadas.

¿Cómo llegó adonde se encontraba este candidato al martirologio moderno de la ciencia? Preciso es hacer memoria de unos meses atrás —justamente medio año—, cuando un grupo de decididos exploradores desilusionados y al mismo tiempo agujoneados por el resultado trágico de los trabajos de la expedición Wegener, quien sucumbió en la misma sembrando el duelo en toda la nación, optaron por aprovechar las experiencias del joven explorador y varios de sus sensacionales descubrimientos, lanzándose asimismo en persecución de los objetivos que aquél no lograra conseguir.

..

El Dr. Lorenz, el Dr. Brand, el Dr. Matushek, Fritz Kümmel y John Dragan se hicieron de provisiones para un año, saliendo de Berlín pertrechados en el día 1.º de marzo y haciéndose a la vela en Hamburgo en el vapor Borodino después de asistir a un banquete que en su honor y para despedirles dió la Asociación de Estudios Árticos.

Como siempre que tales expediciones se preparan, nadie apenas se dió por enterado del suceso. Ello dió lugar a un sentido llamamiento a la opinión por el diario de más autoridad de la capital, el Berliner Tageblatt, que decía en el mismo día:

«De nuevo ofrecen sus vidas nuestros sabios exploradores, siguiendo las huellas del desventurado Wegener. No son hombres de deportes a quienes las multitudes suelen aclamar frenéticas hoy día, rindiendo culto a una inexplicable falta de pulso nacional, sino figuras gloriosas que reportan al progreso humano los más caros servicios mientras que pasan desapercibidas. Ojalá que las durezas del norte y la impiedad de sus hielos permitan el retorno a la patria de los que vemos salir al mar-

gen del interés de la opinión pública.»

A bordo del propio Borodino, momentos antes de la despedida, se hallaron, para dar un último abrazo a los expedicionarios, varias representaciones del mundo científico alemán: el doctor Arndt, presidente de la Asociación de Estudios del Ártico; el asistente de la cátedra de Geología del Ártico, doctor Nebel, y el doctor Lorenz, que se disponía a partir, departían a la entrada del puente del histórico barco.

—¡Si fuera más joven...!—dijo sonriendo Arndt.

—Nosotros ya no contamos: el Polo Norte es para los jóvenes—asintió el doctor Nebel.

—¡Si Wegener supiera que Lorenz, usted, doctor, quiere seguir sus huellas ahora...!—dijo Arndt a Lorenz a guisa de comentario.

—Tal vez lo sabe...—repuso Nebel.

—¡Tal vez lo sepa!...—contestó Lorenz.

—¡Cuánto entristece una ojeada!—argumentó Arndt—. Apenas si nadie se acuerda ya de Peary... de Byrd... del malogrado Amundsen... de nuestro Rasmussen heroico... del gran Wegener... ¡Wegener era un valiente...!

—Si de nosotros hubiese dependido su salvación, al menos... Pero

no hay oficio sin sacrificio, dice el refrán, y en Wegener se cumple con trágica realidad el proverbio... como si el destino quisiera subrayar la filosofía popular con tan caros tributos como son la pérdida de nombres que si se tornan inmortales dejan vacíos imposibles de sustituir... —arguyó Nebel.

—¡Wegener!—dijo Lorenz añorándolo—. El nos legó sus teorías sobre el hielo de tierras adentro... teorías que esperaba verificar en la expedición que le costó la vida. Su muerte fué una verdadera tragedia para la ciencia. En la expedición que vamos a emprender ahora, yo continuaré sus labores... rudas por cierto. El Dr. Brand tiene una experiencia ártica como pocos igualan, y me servirá de gran ayuda. Y en cuanto al Dr. Matushek, cuyos descubrimientos son tan notorios, espero sea mi mejor colaborador. En cuanto a Kimmell, puedo decir lo mismo: ¿qué mejor garantía de nuestro éxito esta vez? Además nos acompaña el más generoso amigo de la ciencia, cuya ayuda financiera promete sea feliz la meta de nuestras realizaciones...

—¿Sabe a lo que se expone?—dijo a este punto el doctor Arndt.

—Si soporta las primeras pruebas y no abandona a la expedición, habrán ganado ustedes mucho—dijo

en tono de crítica el doctor Nebel.

—Sobradamente sabe que tendrá que afrontar peligros y penalidades que nunca ha experimentado. ¡Aquí viene!—repuso Lorenz—. Se une a nosotros con el arrojo de un verdadero explorador... como un buen amigo... este John Brand.

—Ya le he oído, Lorenz—dijo llegando al grupo el campechano de Dragan—. Pero cuando se tiene dinero de sobra, la generosidad es una virtud muy fácil de practicar. Yo creo que el valor es una cosa relativa: al aeroplano, por ejemplo, le temo francamente, pero yo dudo que haya quien tenga miedo de volar... con una beldad, pongamos por caso, guiado por un buen piloto.

—¿Y cuando esa beldad puede llevarnos a la ruina... incluso costarnos la vida...?—le inquirió el presidente Arndt.

—Yo—le repuso Dragan decidido—doctor, amo la vida al aire libre... y la nieve es nieve, tanto en el Glaciar de Rinks como en Suiza. El formar parte de la expedición del doctor Lorenz es, por lo tanto, a la vez un placer y un privilegio.

En efecto, a John Dragan, el mecenas de aquella expedición, le eran conocidos por los diarios y revistas profesionales, los pasos todos de la expedición Wegener. Incluso sabía de boca de los compañeros del in-

fortunado sabio, punto por punto, su pasado y la historia completa de su horroroso calvario. Y a pesar de todo, su ayuda moral y material estuvo de parte del doctor Lorenz, a quien podríamos llamar el sucesor de Wegener, como acertadamente decía la prensa de aquellos días.

El Borodino despegó del puerto internacional de Hamburgo, donde en largas hileras compactas se daban de costado, en sus puestos correspondientes, trasatlánticos y vapores de carga de todos los países y de pabellones los más variados e incluso exóticos.

Elba adelante, vió deslizarse a su derecha el caserío tranquilo y bello de Blankenese encaramado en una especie de promontorio, hasta donde llegaban las golondrinas de la gran urbe, el ferrocarril costero y los tranvías de la orilla fluvial llenos de alegres gentes que congestionaban y descongestionaban constantemente la vieja ciudad libre hanseática, cuyas torres agudas y grises acababan de ocultarse tras el recordo de la gigantesca desembocadura del poderoso río que cual cinta de plata tendida desde el interior alemán mostraba las rutas del océano tejendo una eterna égloga.

El sol se alzó sobre el azulado puente del firmamento, mientras que el Borodino emprendió veloz

marcha una vez en alta mar, como si quisiese ser único testigo de aquella nueva aventura en que otros hombres ponían en juego otras vidas preciosas para arrancarle a la ciencia nuevos secretos y rasgar nuevos velos a lo desconocido.

Los delfines seguían al Borodino haciendo cabriolas alegres, adelantándose a su ruta o bien volviendo a seguir su estela en espera siempre de nuevos desperdicios con que saciar su insaciable hambre... Y se avistaron las costas inglesas después de prolongada ruta; y se despegó de nuevo su dirección de la seguida por los grandes trasatlánticos; y los días y las horas fueron tornándose distintas... Transcurridas unas semanas de monótono navegar, dieron vista al primer cetáceo de gigantes dimensiones por vez primera; aquello señalaba el límite entre las zonas del norte de la tierra acabadas de franquear y las pasadas del dominio de todo navegante. La desaparición de las noches comenzó a acentuarse hasta tal punto, que a las doce de la noche una luz crepuscular anunciaba el final del día para dar comienzo al nuevo amanecer media hora después. Las nieblas se hicieron perceptibles; pero unas nieblas para ellos desconocidas, puesto que reflejaban toda clase de matices en los que la admira-

ción de todos se embebía por vez primera a pesar de que en teoría se contaba con tales fenómenos todos.

—En dos jornadas atrataremos en Umanak; aquí—decía el doctor Lorenz a Dragan y a Kimmel y Brand y a Matushek, señalándoles con el índice sobre un mapa extendido en la mesa en que estaban apiñados todos—. A media altura de Groenlandia; aquí en estas islas... y estos «fjords»... entre el cabo Farvel y la Tierra de Hayes, en la costa occidental... Aquí arriba, pegando al Polo Norte, está el mar de Lincoln, y enfrente, la Tierra de Nyebor, mientras que ésta, a su derecha, es la Tierra de Peary, que es la lengua más avanzada del continente groenlandés. ¡Peary fué un hombre audaz!

Atentos los del mentado grupo a las palabras de Lorenz, más bien parecían colegiales que genios capacitados y gente dispuesta a arrostrar lo que viniera... y como viniera.

—Más a la derecha, es digna de ver la escolladura de la tierra de Mylius Erichsen—siguió Lorenz indicando al grupo mientras corría su dedo por las costas perfectamente dibujadas del país de eternos hielos—. Y con la Tierra del Príncipe Kristian comienza este misterioso continente a descender de nuevo

por la parte oriente; a sus pies vemos la Tierra del Rey Federico VIII, sigue hacia abajo la Tierra llamada del Rey Guillermo, y, pasado el ángulo cuyo vértice es casi perpendicular, se extienden las tierras del Rey Kristian IX y Federico VII... ése es el Cabo Farvel, abajo...

Dragan seguía ávido aquellas explicaciones cuyo significado estaba más al alcance de sus compañeros de aventura que de lo que sus conocimientos geográficos podían permitirle.

—¡Extraña gente ésta que habita Groenlandia!—dijo a sus circunstantes casi horrorizado de los peligros y asperezas de dicho mandato danés.

—¡Y cuánto no se disputa su posesión!—le replicó Matushek.

—Sin embargo, parece que Noruega se resigna a renunciar a sus derechos sin dar una declaración oficial... por lo que pueda suceder—intervino Brand.

—Si no estuviesen en pleito los yacimientos potentes de oro que se sospechan en el corazón del continente... Las empresas oficiales noruegas y de Dinamarca que buscan dichos yacimientos sustentando iguales derechos de soberanía reconocidos por el Tribunal de La Haya a esta última bajo ciertas condiciones, guardan un silencio absoluto; tanto más cuanto que ello es crimi-

nal al no poner sus experiencias al servicio de la ciencia que en manera alguna se interesa por dichos yacimientos auríferos...

—Esas enormes sumas y ese aparato oficial, ¿por qué no se ofrecieron a Wegener, pongámos por caso? —dijo Dragan.

—¿Por qué?... El ser social se afana por lo inmediatamente productivo—le repuso Lorenz—. Así se explica el caos político de las naciones, tanto mayor cuanto más grande es su papel en los destinos del concierto internacional... Nuestro mundo, el mundo del científico, en cambio, es un mundo aparte... pero ni nosotros viviríamos sin el apoyo de tales Estados fuertes, ni éstos lograrían bases sólidas sin la colaboración de nuestras aulas y laboratorios—terminó sonriendo con cierta severidad.

En cubierta se sentía un frío constante con este sol endeble y pálido de las diez de la noche. En el horizonte no se dibujaban ni nuevos cetáceos, al parecer cada vez más raros a medida que se acercaban a aguas de Groenlandia, ni por asomo los delfines que a buen seguro variaron la ruta, siguiendo otros barcos y abandonando la del Borodino, cada vez más fría y extraña a su especie.

Dos horas más tarde, Matushek

fué el primero en reconocer el primer «iceberg» lejano y de pequeñas dimensiones, al que siguieron nuevas apariciones. «¡Estamos en el Artico! ¿Esto es el Artico?», se dijeron, como si se tratase de una novedad, unos a otros.

¡Al fin tierras de Groenlandia! Como si se tratase de acabar de descubrir el inmenso y frío cementerio que abriga los restos por hallar y guarda el misterio de docenas de tragedias, sin descifrar por completo, de la serie de exploradores que allí encontraran inesperado fin; como salutación respetuosa al vasto continente que si debía su fama era sólo al enorme sudario que lo cubría y que parecía aguardar nuevas víctimas que cobijar bajo el mismo; como añorando religioso el respeto a los que les precedieron y que no regresaron; y, en fin, como solicitando el amparo de las crudas tierras que iban a pisar para que les fuesen leves, los expedicionarios, en pie, a bordo del vapor Borodino en su costado derecho, dejaron por un momento de manejar los prismáticos inclinando sus cabezas... Nadie interrumpió el silencio. Un ave marina, al parecer una gaviota, si bien de mayores dimensiones que éstas, cruzó la nave desapareciendo en seguida en el frío horizonte. ¿Qué augurio habría traído?... El Borodino,

fiel a su misión histórica en aquellos
solemnes momentos para él, endere-
zó su proa hacia las nuevas tierras
scallando el jadeo de sus motores y
cortando una brillante estela, avan-

zó... avanzó como heraldo de su
propia hazaña hacia la costa, sor-
teando mil escollos para entregarse
al descanso en el refugio de Uma-
nak.

¡GROENLANDIA!

—¿Pero es esto Groenlandia?— dijo Dragan a Lorenz al saltar a tierra en Umanak.

—Estamos en una vasta península separada de la costa occidental de Groenlandia por un estrechísimo istmo—le aclaró Maushek.

—Estas tierras en nada se parecen a la verdadera Groenlandia que hay que alcanzar mientras el Borodino aguarda durante el verano—intervino Brand.

—En tres semanas llegaremos al primer campamento que servirá de base a nuestras operaciones—le añadió Lorenz—. Esto se parece mucho a los dolomitas del tirol y de Suiza. Aprovecharemos este mes de primavera que nos queda y a ser posible todo el verano a fin de poder internarnos siguiendo la ruta de Wegener. Entonces verá Groenlandia tal y como la desea. La ruta de Wegener, perfectamente conocida, es de una gran valía para nosotros,

que, al menos hasta allí, tenemos trazado nuestro camino.

Los indígenas de Umanak, al verse sorprendidos por la presencia del Borodino, sin duda se avisaron unos a otros para indagar de dónde venía aquella gente y qué pretendían allí. Aquello no era una sábana helada; aquello era más bien un paraíso para los sorprendidos exploradores. Un pueblo completamente abigarrado se echó materialmente encima de los recién llegados, que no salían de su sorpresa al ver aquellos muchachos esquimales, todos alegres, dando piruetas y gritando en su idioma del todo incomprensible, revueltos entre las personas de mayor edad que, con sonrisas y gestos bonachones, acogían igualmente la llegada de Lorenz y los suyos.

—No es la primera vez que los vecinos de Umanak presencian tales desembarcos—dijo Lorenz a Dragan. —Se trata de gente la más pacífica

del mundo. ¿Ve usted esos pantalones y chaquetas de colorines, lo mismo que sus gorras y las paredes de sus casas incluso, en que los más chillones colores están representados? Ello es prueba de su alegre carácter. Son como los niños. Reír es su distracción favorita. Y no crea que son poco listos. Se trata de la gente más sagaz que uno pueda imaginarse.

—¿No cree usted que esta gente puede sernos útil, dada su resistencia y costumbres?—dijo a su tiempo Matushek a Brand.

—Nunca faltan expertos que se aventuran a servir de guías o bien de intérpretes, etc.—le repuso Brand.

—Pero una expedición a estas regiones será de muy tarde en tarde—contestaba Dragan a Lorenz.

—Desde luego. Seguramente que estas gentes no han visto en su vida vapores tan gigantescos como el Borodino, a pesar de tener sólo 2.000 toneladas. Al menos, esa es su cara. Umanak no es sitio muy visitado ni mucho menos escogido para servir de punto de partida a las labores que los que aquí vienen suelen iniciar en el interior. Yo he escogido este desembarco para aclimatarnos en nuestros primeros pasos por Groenlandia. El cambio brusco de las regiones heladas cercanas influye desfavorablemente. En cuanto

Rasmussen llegue nos entenderemos con estas gentes—prosiguió Lorenz.

—¿No perderemos el tiempo?—indagó Dragan.

—Las primeras etapas están previstas hora por hora.

—¿Mientras esperamos a Rasmussen?—volvió a decirle Dragan a Lorenz.

—¿Cómo esperar? ¿Acaso usted, Dragan, no nos querrá ayudar a trasladar a tierra nuestros equipos? El perfecto acomodamiento de los mismos, tenida en cuenta que tienen que acompañarnos los víveres de siete meses y todo el habituallamiento, nos tomará unos cuatro días. Hasta entonces, Rasmussen habrá llegado con el Gobernador de Dinamarca según disposiciones del gobierno de nuestro país vecino. Ni tiempo tendremos—siguió Lorenz—para departir algo con esta gente de Umanak, cosa de suma importancia antes de seguir nuestra marcha.

Matushek, Brand y Kummel, que ya habían comenzado sus trabajos de descarga, recibieron de pronto la ayuda de Lorenz y de Dragan, que cortaron su diálogo para atender dichas labores.

Lo primero fué levantar una tienda de campaña en un resguardo frente al Borodino, al que dejaron bien anclado y acondicionado mientras iban sacando la carga de sus

bodegas. Había que ver con el interés que seguían toda clase de operaciones los esquimales; primero de descarga y traslado de habituala sin fin; luego, de colocación de sus cajas y aparatos sueltos con toda clase de instrumentos necesarios; finalmente, la manera de construir la tienda que a ellos les parecía una casa demasiado ligera a juzgar por los gestos que hacían acompañados de alguna mímica perfectamente suajada por ellos.

La labor penosa fué interrumpida para dedicarse al descanso y dormir aquel día primero de Groenlandia. Eran las doce en punto de la noche; tendido el sol hacia el horizonte marino, enviaba sus rayos como vespertinos a la tienda de Lorenz, en la que Kummel, que servía de cocinero, acababa de preparar una sopa soberbiamente condimentada.

Cuando, inquieto, Brand despertara de su profundo sueño a las dos de la madrugada, pudo admirar que el sol volvía a elevarse de los horizontes sin haberse ocultado siquiera. En Umanak parecía reinar silencio. Arrojados con sus pesados edredones, dormían sus compañeros de aventura. Brand se sentía de buenas a primera intranquilo... Su casa, su familia, sus círculos de Berlín... ¿Regresarían de nuevo habiendo conse-

guido el principal objetivo? Una semana, tal vez dos más; y hasta entonces no se daban de cara con la primer base de sus operaciones. Brand se vistió y se dirigió al Borodino, que, bañado en la luz solar, permanecía anclado a unos doscientos pasos de la tienda de campaña. Allí donde el cielo besa la superficie del mar se dibujó una silueta. ¿Un «iceberg»? Con sus gemelos pudo observar que una embarcación al parecer indígena, pero de muy grandes dimensiones, se acercaba a la costa directamente a Umanak. ¿Quién se aventuraba en aquellas regiones casi deshabitadas a salir a alta mar con tan primitivos barcos y seguramente a merced de los «icebergs» que ellos mismos habían visto, si bien ahora de pequeñas dimensiones? ¡Bah! Serían pescadores. Lo extraño era que se aventurase así aquella gente y utilizase tan desproporcionadas naves.

Brand no quiso interrumpir el sueño de sus compañeros. Para no acabar de enfriarse, regresó a la tienda y se echó en su colchón de plumas sin quitarse sus pantalones y polainas de piel, lo mismo que su chaqueta y gorra.

A media mañana había llegado Rasmussen acompañado de algunos esquimales con una misiva de presentación del gobernador, que se po-

nía a las órdenes de Lorenz. Lo primero que el recién llegado aconsejó fué que se pusiesen nombres de plantas y animales de la flora y fauna del Ártico, a fin de que aquellas gentes de Umanak los mirasen con confianza. Así se hizo y pronto tuvieron ocasión de entablar la mejor amistad unos con otros.

—¡Legan ustedes a tiempo de presenciar las fiestas de la llegada del verano—dijo Rasmussen a Lorenz—. Umanak está de enhorabuena por eso y por haber traído sus pescadores hace una semana un ejemplar de ballena de diecinueve metros de longitud, cosa que siempre que sucede, es decir, cada tres o cuatro años, da lugar a verdaderos festejos populares. ¡Figúrese que esa es la principal riqueza de ellos!

—¿Están sus guías dispuestos a seguirnos?—le dijo Lorenz ensimismado en su objetivo principal de adelantar en su empresa.

—La gente que les traigo es la más experta e incluso conocen el camino de Wegener a pesar de que éste no los quiso utilizar o ellos no se aprestaron a seguirle... El esquimal le tiene al hielo un miedo horrible porque conoce mejor que nadie los peligros que encierra, y si se trata de «icebergs» es como hablarles de un pésimo augurio. Son muchas las víctimas que entre esta escasa

población han causado los fenómenos polares. Yo vine mucho antes de lo que me esperaban porque he de estar de nuevo, pasados dos días, en la base del gobernador para estar tal vez a su disposición en un par de semanas.

Entre tanto, Matushek, Dragan, Kimmel y Brand, haciéndose entender por señas con varios esquimales, asistían al despedazamiento del enorme cetáceo, a cuyo festín todo el mundo acudía. Por un lado, los perros polares despedazando ávidos la carnaza que recibían; por otro, la chiquillería bullanguera corriendo y brincando del barco a la tienda de campaña de los exploradores y de allí a la parte posterior de Umanak, todo ofrecía un aspecto entre interesante y desagradable, sobre todo por el mal olor que de aquel festín se desprendía.

Lorenz ofreció asiento a Rasmussen y, abriendo su mapa de aquellas regiones, se dispuso a aprovechar la presencia del famoso explorador con algunos requerimientos. Pero la presencia del mismo explorador Rasmussen sólo se debía en realidad a haberse dispuesto sirviese de guía a los audaces sabios.

—En los «fjords» del distrito de Umanak —comenzó señalando Rasmussen— desembocarán pronto con periódica constancia glaciares de

unos cien metros de altura sobre el nivel del mar y cuyas velocidades alcanzan de diez a veinte metros por hora.

—¿Estará en seguro resguardo el Borodino?—le indicó Lorenz.

—¿Por qué no? Ya le dirán los guías esquimales los lugares a propósito. La costa de Umanak es tan intrincada que no le bastarían años para conocerla a fondo—replicó Rasmussen.

—¿Estaría de más que mis compañeros de expedición presenciasen nuestra charla, para poder hacer mejor memoria de sus explicaciones? No sabe uno lo que a uno le aguarda, y es conveniente que todos estemos al tanto de su importante ayuda. Sobre todo quiero que le escuche Dragan: es hombre temerario; ¿pero quién sabe hasta qué punto ofrecerá su apoyo, no guiándole nuestro espíritu por conocer los secretos que Wegener quiso arrancar al Ártico, sucumbiendo en su empresa?

Lorenz salió de la tienda, haciendo señas a uno de los esquimales, al que Rasmussen dió órdenes de buscar a los europeos que presenciaban el júbilo popular antes citado. No tardaron mucho en llegar éstos, en efecto, acompañados de los mismos, quienes, sabedores del motivo del porqué se les citaba, se dispusieron

a sacar las mayores enseñanzas posibles de aquella valiosa colaboración.

—En estas bahías—siguió Rasmussen—se producen enormes masas de hielo (suelen estallar hacia el mar por metro cuadrado de superficie unos ocho metros cúbicos diarios), de las que pueden deducirse interesantes estudios oceanográficos. En los fjords de Karajak se observan glaciares de 600 metros de longitud por 650 metros de profundidad. Al rededor de dichos fjords existen temperaturas del agua del mar de cero a cinco grados bajo cero hasta profundidades de cien metros. Debajo se hallan capas de agua de hasta cuatrocientos metros más, a unos dos grados de temperatura...

—En el fjord de Rink se encuentran idénticas cualidades—prosiguió Rasmussen—. Además, se han encontrado cantidades regulares de sal, oxígeno y ácido fosfórico en dichos sitios. Las últimas mediciones han dado por resultado cantidades enormes de fósforo; sin embargo, al pasar de los cien metros de profundidad, la relación es de diez miligramos por metro cúbico. Mediante canoas sencillas se pueden hacer mayores experimentos a profundidades de más de los cien metros. Especialmente en los meses de julio y septiembre, las observaciones son más

fáciles, incluso en las capas superiores...

—En diferentes épocas del año—prosiguió el sabio explorador—hemos hecho estudios de glaciares e icebergs a la deriva sirviéndonos de mediciones trigonométricas, a fin de averiguar sus movimientos y si éstos dependen de las corrientes marinas o del viento atmosférico...

—¿Por qué siguió Wegener el trágico camino que se separaba de sus planes para encontrar en él la muerte, si bien abriendo nuevas posibilidades a esta clase de estudios?—interrumpió vivamente interesado el corpulento Dragan.

—Wegener, como todos los sabios de su temple—siguió Rasmussen—previó un más allá del sentido de su obra. Desgraciadamente, no nos lo devolvieron los lúelos que ustedes se proponen pisar con más amplios antecedentes. Ahora debo advertirles que aquí mismo, en Umanak y en Nugtasiak, se acaban de hacer incluso mediciones atmosféricas, a cuyo efecto he elevado cincuenta globos aprovechando el Año Polar Internacional que ahora se celebra; el tiempo tan admirable y la tranquilidad de los vientos actual, me permitió observar alturas de hasta seis mil metros en un radio de hasta treinta kilómetros...

—Llegué así fácilmente a la con-

clusión de que en las capas más inferiores, las corrientes de aire son mucho más fuertes que en las capas superiores, y asimismo que su energía en manera alguna depende de la circulación más o menos intensa. Las formas del tiempo se caracterizan sobre todo según el viento de las capas inferiores (es diferente, por tanto, con nieblas marinas, con vientos noroestes, con nubes y vientos suroestes si dichas nubes son bajas, y con remolinos si el viento es oeste). Esto dificultará a ustedes muy especialmente una determinación del tiempo prematura o bien profecía del mismo, cosa de mucha importancia...

—¿Y los resultados de las últimas mediciones obtenidas aquí en Umanak en el glaciar Asakak?—interrogó Matushek.

—La isla de Nugssuak—le replicó Rasmussen—ha retrocedido desde el año 1929 cuarenta metros, mientras que el glaciar Sormiarsut ha retrocedido en el mismo plazo de tiempo doscientos metros. Lo mismo observamos en el glaciar Kamarijuk desde el que la expedición de Wegener comenzó su ascensión, y el cual ha retrocedido desde la primavera actual cuatro metros...

—El piloto Schriek de Hoexter—prosiguió—conoce bien estos datos por propia experiencia,

Rasmussen hizo una pausa como para proseguir su ilustrada charla.

—Nuestras miras, por de pronto, son las de registrar y medir el fjord Kangerdluk—dijo Lorenz—. Me interesa especialmente saber la relación de su profundidad y el cálculo, mediciones y fotografías exactas de los dos glaciares que desembocan en dicho fjord, el Umiamake y el Rink.

—Estos cálculos tuve ocasión de realizarlos ya, si bien no tan exactamente como ustedes se proponen—repuso Rasmussen.

La conversación siguió girando al rededor de los glaciares y fjords más conocidos y peligrosos en las diferentes expediciones al Ártico. El guía principal de los esquimales llegados con Rasmussen avisó a éste de algo nuevo que ocurría. El mismo Rasmussen les explicó que si querían presenciar un acto de justicia esquimal, a lo que los expedicionarios asintieron curiosos.

En efecto, en la plaza de Umanak parecía haberse reunido todo el pueblo. El tribunal lo componían algunos viejos de ocasional elección. Los contendientes se hallaban en dos bandos a derecha e izquierda del mismo: se trataba de dos familias, es decir, dos esposas insultadas por sus respectivos maridos. En la declaración de uno de los matrimonios resultó culpable la mujer por haber proferi-

do una frase de desacato contra el marido. El tribunal quiso condenarla a la última pena, consistente en cortarle las trenzas, pero se decidió por invitarla a no repetir sus ofensas en vista de que la pena propuesta era excesiva.

En el segundo de los casos aclarados por Rasmussen y sus esquimales, el culpable fué el esposo, por las mismas causas; el tribunal condenó al padre del marido a pagar una multa equivalente a cinco pesetas por tener hijo tan mal educado.

De pronto, un joven esquimal bastante arrogante se levanta y comienza a cantar coplas que, según los exploradores averiguaron, eran de su propia cosecha. Al terminar de cantarlas había muestras de aprobación, murmullos, etc. Otro joven que se alzaba y cantaba parecidas endechas. Risas y muecas del pueblo que se sucedían.

—¿Qué hace esta gente ahora?—inquirió Dragan el primero.

—Es un tercer caso de justicia esquimal—replicó Rasmussen—. Los ofendidos son invitados a defenderse públicamente, exponiendo toda clase de razones que crean convenientes en formas de coplas que han de ser originales. El más mordaz de los contrincantes y el más ingenioso, es decir, el que consigue callar al otro, ese sale el vencedor y el otro es

el condenado. La condena no es grande; se le invita a cambiar de pueblo con su familia, cosa que ha de obedecer el interesado.

—¿Entonces, aquí permanecen impunes a los delitos más graves?—dijo Kuemmel.

—Esos son conceptos desconocidos para los infelices de los esquimales—volvió a decir Rasmussen—. No conocen muchos de los delitos comunes a los europeos y en general a las demás razas. Esta gente que siempre ríe no sabe sino reír. Jamás los verá disputar ni reñir; aquí eso se considera como caso de enfermedad o locura, si llega a darse el caso, repitió.

—Pero, los castigos que acabamos de presenciar, que se hayan impuesto a los culpables, ¿son tales castigos?—preguntó Dragan mirando a Lorenz.

—No crean ustedes—aclaró Rasmussen—. Aquí se vive por tribus, casi podríamos decir que por familias. Las aldeas no tienen más allá de 300 habitantes y son escasísimas. Excuso decir que cuando se invita a uno a que abandone con su familia o solo el pueblo en que habita y en que tiene sus parientes, por regla general, este individuo tiene que dirigirse con sus enseres todos a otro pueblo, a veces a distancias incalculables, y sobre todo tiene que bus-

carse nuevo elemento de vida entre gente que conocen las causas de su emigración. Bien mirados, son demasiado severos estos castigos.

—Hay otra clase de establecimientos en colonias extrañas—añadió Rasmussen—y es el de las parejas que quieren casarse. Porque aquí donde los ven ustedes son enamoradizos como el primero. Tienen la costumbre de rondar a la novia semanas, e incluso meses, sin dirigirle la palabra; finalmente le hacen algún presente, y si ella acepta, entonces es costumbre el raptarla. Los matrimonios sin previo rapto no son verdaderos matrimonios. Las familias respectivas se ocupan del paradero de los enamorados y una vez invitados por ellas a que regresen éstos, se verifica la boda. ¿Quieren algo más romántico en este país de los hielos?

—Es una coincidencia extraña el que diversos pueblos de la tierra de las más diferentes zonas y razas tengan tan parecidas costumbres—dijo Brand.

Pocos días después, Rasmussen se separaba de los expedicionarios para dirigirse a Nugiatsiak, en donde se encontraba enclavado el único hospital civil del gobierno de Dinamarca para esquimales tuberculosos. También le aguardaba allí el gobernador de esta nación. Se trataba de nuevas medidas de protección a la raza es-

quimal, de la que Rasmussen era el «rey» por coronar, como se suele decirle.

No fué difícil atravesar las regiones de Umanak hasta cierto punto de tipo europeo y muy semejante a los Alpes. A medida que Lorenz avanzaba con los suyos, más se afirmaba en su creencia de que el verano le ayudaría a salir airoso de una empresa que había costado tantos sacrificios antes de emprenderla. Verdaderamente, que este optimismo se debía en parte a las condiciones favorables del terreno y clima que hasta entonces venían gozando.

Al fin, las primeras nieves eternas sobre el suelo de Groenlandia se ofrecieron a su vista. De nuevo se hallaban en las costas terribles del oeste del fantástico continente. Allí enclavaron su campamento.

Matushek y Kuemmel debían encargarse de las mediciones de los propios fiords, mediante sectores del frente, o bien mediante ángulos de su profundidad, ya desde sus agujas hasta los bordes con la costa y orillas. El, Lorenz, se encargaría con Brand de determinar las longitudes y latitudes astronómicas de los mismos, acompañados de Dragan.

—Los esquemas, pueden hacerse— dijo Lorenz—, con la canoa en parte, o bien ascendiendo a las cumbres a nuestro alcance, e incluso fotogra-

fiando los lugares. Si es preciso, solicitaremos la ayuda de un piloto para dichas fotografías.

Los lugares a que Lorenz acababa de hacer referencia era fiords de unos 60 kilómetros de anchos y con paredes verticales imposibles de escalar. Sus paredes rocosas se hallan afiladas por glaciares de edades pasadas muchas veces medidos. A ambos lados de los mismos, se elevaban montañas de más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar y completamente cubiertas de durísimo hielo. En sus cimas se formaban cascos de hielo que se desplomaban sobre el glaciar Kangeredluck aumentando su tamaño o bien se quedan en las vertientes convertidos en otros tantos glaciares y hasta descienden en ruidoso amontonamiento formando las llamadas lavas de hielo.

Muchas son las veces que se han medido las fronteras en las que las formaciones de la nieve cesan y los hielos comienzan. Pero esta vez Lorenz se proponía llevar a cabo mediciones complementarias mediante aeroplanos a ser preciso, ya que suponía y con razón que entre estas montañas de la costa y otras imaginarias aún del interior del país en las mismas condiciones, existían relaciones por las cuales se podía explicar seguramente el nacimiento de

salientes cortadas por glaciares de origen aún inexplicable.

—Las últimas mediciones del Kan-geredluck—dijo Matushek a Kuemmel—hechas en 80 experimentaciones con canoas, dieron resultados seguros y exactos a pesar de los medios primitivos con que se llevaron a cabo. Sólo se emplearon en efecto, piedras atadas con cuerdas sin que dejaran de tenerse en cuenta las diferencias de posibles errores. Los fondos se sintieron cada vez perfectamente. Así el glaciar Rink se vió que tenía en la base de 600 a 700 metros de profundidad, mientras que 15 metros de la misma ya la profundidad es de 1000 metros volviendo a ser de 700 pasada esta distancia. Al final de la base, el Rink se divide por la isla Karrat en dos partes de las cuales la parte sur profundiza hasta 700 metros y la parte norte sólo 250 metros. Ello es la causa de que muchos icebergs embarranquen y se queden aquí.

—Este fjord principal—le repuso Kuemmel—da lugar al glaciar Umiamake seguramente. Su brazo lateral profundiza hasta 300 metros. Luego ascendiendo hasta 500 metros sobre el nivel del mar vuelve a anudarse al principal. El 4 por ciento de ellos en esta región han acusado siempre más de 1000 metros de profundidad. Incluso se han observado profundi-

dades de 1200 metros. Y hay que tener en cuenta que el fjord más profundo es el Segne con sus 1280 metros, siguiéndole el Kaker y el Messier con sus 1260 y 1245 metros.

—Convendrá apresurar las mediciones—dijo Dragan sin atreverse a dirigirse directamente a ninguno de los que le escuchaban.

—Aún hay tiempo—le contestó Lorenz—. Ahora comienza el verano y hasta el mes de Septiembre no viene el período de mayores peligros.

—¿Cuándo empezamos?—le repuso Dragan frunciendo algo el ceño.

—Ahora tenemos tierra firme hasta el fjord—le repitió Lorenz—. Luego cruzaremos el hielo hasta...

—Hasta aquí—le dijo Brand a Dragan mostrándole el mapa y señalándole un punto.

—¡Justo!—dijo Lorenz—. ¡Hasta ahí!

—¿Al mismo glaciar Rink?—dijo Dragan como espantado.

—Allí pereció Wegener el año pasado por esta misma época—le añadió Kuemmel mirándole cara a cara.

Diagustado Lorenz por el cariz de aquella conversación suscitada por Dragan se metió sólo en la tienda de campaña a echar sus cálculos. En el banquete de despedida, Dragan, en Berlín, no se suponía que al Ártico ofreciese un cuadro monótono y una interrogante que podía muy

Bien terminar en horrorosa tragedia. ¿Qué se habría figurado aquel richo? ¿Acaso Rasmussen tenía en vano los honores del presidente efectivo de la Asociación Internacional de Estudios del Ártico y gozaba de su fama imperecedera?

En estas meditaciones de Lorenz sobre Dragan, éste que le había seguido se le quedó mirando como pretendiendo inquirir sobre el final que aquella expedición habría de tener, apenas metido en los primeros hielos.

Tembloso y como fuertemente irritado el forzado de Dragan, no musitó ninguna palabra.

—¿Miedo?—le dijo al fin Lorenz con ironía aguda.

—Yo aquí sólo ayudo, pero...

—¿Usted ayuda?—le respondió Lorenz despectivo ya.

—Bueno...—tartamudeó Dragan, visiblemente nervioso y mirando a uno y otro lado.

—Se cansa, ¿eh? Me lo temía—le dijo sarcástico Lorenz.

—¿Acaso el deshielo del verano no es el mayor peligro?—insistió Dragan.

—Ya sé que viene el deshielo, pero el invierno tiene sus inconvenientes igualmente—le aclaró Lorenz.

—¡Esto no era calculado!

—También sé que hemos tardado más de lo calculado en llegar

aquí, pero estamos cerca del glacier de Rink; ¿no lo sabía?—terminó Lorenz.

—¡.....!—Dragan no supo qué responder lleno de desaliento.

—Yo no puedo ni quiero perder más tiempo; ante su tesitura de usted... tranquilícese; no le exigiré que venga conmigo—le decía Lorenz—. Yo me iré sólo. ¡Quédese aquí y que se divierta cuánto pueda... si puede!

Con estas palabras dichas seca y enérgicamente, el doctor Lorenz, jefe de la Expedición Ártica que ahora llevaba su nombre se separó bruscamente de Dragan que se portaba como un cobarde, que no tenía interés en que la expedición cumpliera con su cometido, que parecía haber tomado parte en la expedición como quien se decide a hacer una excursión interesante.

La obcecación de Lorenz desde aquel momento fué el fiord que parecía tener estrecha relación con los enormes glaciares que iban a parar a él y que fueron la idea que perdió a Wegener mismo.

El uno, el glacier Umianak, media tres kilómetros de anchura por sesenta metros de altura y 300 de profundidad; su velocidad era de 8 metros por día. De su centro mismo se desprenden enormes bloques de hielo que le dan formas de edifica-

ciones fantásticas y de torres mágicas; estos bloques se convierten en icebergs que conservan sus formas durante semanas enteras.

El otro, el glaciar de Rink presentaba 5 kilómetros de anchura, 100 metros de alto y 700 metros de profundidad bajo el agua. Sus picos más elevados miden 120 metros, es decir la mayor altura que glaciar alguno conocido tenga. ¡Precisa que nos figuremos semejantes bloques de hielo! En el mes de julio su velocidad llega a 18 metros por día, llegando hasta 27 metros en Septiembre. El glaciar Rink es por tanto el mayor y más rápido de los glaciares de nuestro planeta.

El medir y observar el origen de los icebergs que de ambos se desprenden, era su idea fija. El retener en la cámara fotográfica cientos de formaciones constantes de pequeños bloques de los desprendidos de tales glaciares, o bien de los que se levantan del fondo a la superficie del mar también constantemente. Desprendimientos mayores en los que el glaciar se desprende de masas que cogen de sus cimas a su fondo, sólo ocurren cada 10 ó 12 días; entonces ocurre lo que solemos llamar catástrofes de la naturaleza.

Lorenz calculaba que podría obtener el resultado de las masas de hielo gigantescas entonces desprendidas, mediante mediciones trigono-

métricas de su frente en relación con la profundidad de la misma de dicho frente, cuyas operaciones habían de ser enormemente peligrosas.

Una tal masa podía y puede calcularse en 100 hasta 100.000.000 de metros cúbicos de hielo, es decir una masa que podría muy bien contener en bloque juntas las manzanas de casas de Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza y Valencia, o bien en otros términos toda la lava que el Vesubio vomitó en total en el año 1906 cuando su última erupción catastrófica.

Tal potencia llevan en sí esos desprendimientos, que el caer rodando sobre el mar originan olas de hasta 30 metros de altura y de 100 en los choques costeros. Es decir que en todo el Océano no existen olas de tal energía y tamaño.

Con razón recuerda Lorenz en sus apuntes que unidos el Umianiak y el Rink o sea el Kangeredluk respondían a los exactos cálculos de Edward H. Smit (Artic Ice, Washington 1932) como productor de 1600 icebergs anuales. Es decir el criadero más grande y terrible de icebergs del planeta que habitamos.

Lorenz se separó de Dragan, como decíamos; pero ni siquiera se volvió a dirigir a Brand, a Kuemmel o a Matushek. Su mente ardía en anhelos de completar la obra de Wegener; el valiente Wegener que tan mala suerte había de tener; cuya

audacia no era merecedora de tan triste final.

El citado fjord se encuentra por tanto tan lleno de bloques de hielos de todos tamaños, que sólo con mucha dificultad es posible llegarse al mismo, aún con las más poderosas embarcaciones. El frío intenso y las constantes masas citadas hacen imposible toda labor. Pero Lorenz había tomado sus decisiones; sin duda aguijonado por el cobarde proceder de Dragan.

Rasmussen contaba que de 11 tentativas para entrar en aquel infierno, 9 fallaron y las dos restantes no permitieron labor ninguna de mediciones. Sólo con los más modernos hidros y los más expertos pilotos podía pensarse en acercarse a aquel sitio tristemente célebre.

Sin ser observado, Lorenz había salido con varios de los perros de la expedición y algún equipo y víveres, y los aparatos que habían de serle útiles... se perdió en el paisaje de nieves y de hielos, de frío y blancura terribles...

Un par de horas transcurrieron. Kuemmel se acercó a la tienda de campaña para preparar algo de comer y reunir a los arrojados individuos cuya empresa comenzaba a fin de fortalecerse de nuevo. Antes quisieron hacer un recuento de víveres para repartirse lo necesario antes de separarse, según lo orde-

nado por Lorenz.

Dragan se abalanzó a las cajas para comenzar el reparto.

—¡420 libras de chocolate!—comenzó a contar separando una de las cajas—. 420 de chocolate con leche; 300 de chocolate con nueces; 140 paquetes de chocolate con leche y nueces; 300 libras de moca con chocolate; 300 libras de chocolate especial; 70 libras de cacao; 25 kilos de bombones; 20 kilos de galletas; 15 libras de tabaco mezclado; 15 libras de tabaco New Isabel; 5 libras Tres Estrellas; 25.000 pitillos Ovas; 25.000 amarillos; 25.000 Manoli; 6 cajas de a 73 botellas de Ron Jamaica; 3 cajas de a 36 botellas de coñac bueno; 1 caja de 12 botellas de Oporto...

Por desgracia el alcohol no se podía tomar para complacer la costumbre de tomarlo, sino por la necesidad ineludible de calentarse o curarse peligrosos enfriamientos.

Pero ¿dónde estaba el doctor Lorenz para hacer el reparto de raciones? ¿No faltaban allí raciones además? ¿Dónde estaba el equipaje de Lorenz? ¿Dónde estaban los 12 perros y los aparatos de Lorenz... y el mismo Lorenz? ¿Dónde estaba?

Dragan recordó de sus últimas palabras: «No quiero perder más tiempo... tranquilícese; no le exigiré que venga... irá yo sólo... quédese ahí y diviértase como pueda... si puede...»

COMIENZA LA TRAGEDIA

Veloz y amenazador transcurría el verano sin noches en las desoladas regiones árticas...

—¡Kangeredluck... Rink... Wegener...!—musitó Matushek.

—¿Qué dice usted?—le preguntó fuera de sí Dragan.

—¡...pobre Lorenz...!—añadió Kuemmel.

—¿No vé usted que Lorenz se debe haber marchado sólo con dirección al glaciar de Rink?—le dijo Brand a Dragan viéndole mirar como inquiriendo a cada cual de aquellos momentos de sorpresa—. ¡Quizá no debiera usted haber venido con nosotros!—le añadió.

—¿Y no hallaremos a Lorenz?—demandó Dragan medio ofuscado y como si quisiese pedir una disculpa.

En la esperanza de que Lorenz diera señales de vida o regresara al campamento provisional que había abandonado sin decir cómo y por qué, Matushek, Kuemmel y Brand

decidieron y rogaron a Dragan esperar allí por si acaso volvía. El temporal, en tanto había arreciado de forma que ninguna huella tras sí dejó la huida del jefe de la expedición que ya comenzaba con malos augurios.

Así transcurrieron, entre las tinieblas blancas polares, varios días y más de una semana, hasta que los compañeros del mismo se decidieron a seguir sus supuestos pasos. Sólo Dragan sintiendo el pánico de la posible repetición de la tragedia de Wegener en Lorenz emitió su personal opinión de regresar cuanto antes al Borodino, ya que Lorenz no aparecía.

—Lo siento por él—dijo Dragan—. Bueno, ahora ya podremos irnos...

—Sí... preparemos los trineos—le respondió Brand malhumorado haciéndose cargo de la expedición.

—Nadie podrá decir que usted no se lo advirtió—siguió Dragan.

—¡Es increíble que esté usted volado por irse a casa!—le respondió Matushek.

—Por el sur y... a Umanak, ¿no? —proseguía Dragan haciéndose el desentendido.

—¡Por el norte!—se oyó decir a Brand empuñando el látigo y emprendiendo la marcha con el pesado trineo seguido de sus compañeros.

—¿Cuánto nos tomará por aquí?... ¿Es que no regresamos? ¿Piensan ir tras de Lorenz?...—decíales Dragan desconcertado.

—Los esquimales de Wegener hicieron la travesía en cinco días—decía en marcha Brand a Matushek y a Kuemmel sin hacer ni caso a Dragan—. A nosotros nos tomará siete días... ¡Quizás encontraremos a Lorenz!...

—¡Están locos!... ¡Yo sería el primero en ir a buscarlo... si existiera una sola posibilidad de encontrarlo ya!... ¡¡¡Habrá muerto!!! ¡Respóndame!—repitió Dragan desesperado, al verse aislado de aquellos compañeros que parecían querer arrastrarle a otra nueva tragedia.

Sus súplicas fueron inútiles. Por toda respuesta, le miraban consecutivamente ora Matushek, ora Brand, ora Kuemmel, sin dar importancia a una sola de sus palabras. Aquellos hombres parecían haber roto toda relación con él, que se sentía opri-

mido por el temor de lo que pudiera ocurrirle en las próximas semanas, tal vez en los próximos días, quizás en las próximas horas, o tal vez dentro de unos minutos en aquellas tierras tan desoladas, tan frías, en que ni un árbol ni un ave, ni marina ni terrestre, daban muestras de hallarse habitadas tales regiones por ser viviente alguno.

Nieve, nieve, nieve... Dragan creía enloquecer. No le sería tal vez posible seguir aquella marcha sin volverse loco. Por otra parte, se sentía hondamente herido por el desvío que sus acompañantes le mostraban. ¿No había él sacrificado una suma importante para apoyar aquella empresa? ¿Tenían ellos derecho a sacrificarle a él además de haber recibido su dinero? ¡Cosas de sabios y científicos que sólo tenían en la cabeza sus propios planes, sus egoístas meditaciones y descubrimientos de cosas y en tierra por nadie habitadas ni sabidas!...

Por eso Dragan tenía hasta cierto punto razón. Con razón le parecía locura aquella empresa de lanzarse sin más ni más en brazos del peligro, probado como tal sobradamente.

¡Paisaje de Groenlandia aquel que atravesaban ahora los expedicionarios sin su jefe! Como testigos eternos y temerarios hasta la sacie-

dad, enseñaba a los desconsolados amigos de Lorenz las agujas heladas de sus glaciares sin fin y aquella ancha soledad de sus llanuras blancas reflejándose en el cielo, como un milagro todo de una mañana que transcurre sin fin. ¡Día polar sin ocaso, lleno de sensaciones tranquilas, cuanto más horribles, más bellas en armonioso concierto!

Detrás de los horizontes a su vista, en alguna parte, sobre algunos glaciares tal vez de nueva formación, allá donde vuelven a tocarse firmamento y hielos, se verán tal vez las cimas que el mismo Wegener mirara, descansando luego, como ellas tal vez descansen por centurias y milenios...

Quizás a estas horas, Lorenz zozobraría en algún iceber o estaría muerto ya. ¿No se desprendían constantemente miles de bloques amenazadores o bien icebergs que rotaban al que invadiese sus dominios?

—¿Cuánto tiempo es posible vivir sin comida en estos parajes?—preguntó, acuciado por el temor que abrigaba, Dragan a sus compañeros.

—Eso depende de quién sea: Lorenz, por ejemplo, podría vivir mucho tiempo—le replicó hosco Brand.

—¿Tome usted quedarse sin comer aquí?—le repuso a su vez Matushkek.

—¡En verdad que se preocupa usted de lo que importa por el momento!—añadió el mismo Kuemmel.

—Ya sé que hay otros peligros... pero...

Al pronunciar las anteriores frases, Dragan no supo qué argumentar ya a sus compañeros, que al parecer todos a una se habían propuesto hacerle el vacío.

—Tenemos que atravesar este ventisquero—dijo en este instante Matushkek a Brand mostrándole con los gemelos una enorme barrera de hielo que tenían delante.

—¿No podríamos rodearlo?—insinuó Kuemmel.

—¿Qué objeto tiene? El peligro está en todas partes si se tienen en cuenta los cambios que estas masas experimentan en pocas horas... y quizás cuando lleguemos a él...

—¿Pero se puede pasar por ese infierno blanco? ¿Es que quieren matarse todos juntos? ¿Por qué no volvemos a casa? ¡Al menos podemos aguardar, acampando en sitio seguro, hasta saber dónde vamos!—dijo Dragan interrumpiendo a Matushkek, al que venía escuchando echándosele materialmente encima para no perder sílaba de sus palabras.

—¿Hasta saber dónde vamos, ha dicho usted? ¡Al glaciar de Rink se

va por aquí lo más directamente!—le repuso Matushek.

—Es inútil, Dragan, que se empeñe—le dijo Brand—. Usted puede volverse o esperamos si lo tiene a bien.

—Si pudiera volverme solo... ¿Creen ustedes que esto sería posible?... Quizás al menos me salvara yo...—repuso exasperado Dragan.

—Lo siento—fué la respuesta de Matushek, apoyado por Brand—. Si usted es capaz de regresar solo... No podemos darle más orientación que el camino que hemos traído... los aparatos los necesitamos y no podríamos dejarle ninguno para su orientación...

—¿Pero aquí no hay poblados siquiera?—demandó de nuevo Dragan.

—¿Poblados en un sitio en que basta la ciencia falla? ¿Usted verá si encuentra por aquí alguien vendiendo caracoles y ya nos avisará!—le dijo Brand irónico.

Dragan no respondió, seguro de que sus palabras y súplicas ni se tenían en consideración por aquellos individuos que parecían no temerle a la tragedia que ellos mismos buscaban.

—Cuando estábamos en Berlín y supimos de la desaparición de Wegener, todo el mundo se puso de acuerdo para salvarle—siguió Dragan a poco—. Aquella trágica nue-

va fué un grito de desesperación para Alemania y para el mundo entero. Se pusieron a la disposición todos los medios posibles; se sacrificó más tiempo, más dinero... mientras nos llegaban las nuevas de que Wegener no aparecía por parte alguna. Y no ya en el mundo en general... en los círculos de sus amistades y muy especialmente en el más estrecho de sus familiares, el luto fué enorme... se desgarraron los corazones... se vertieron lágrimas en vano.

—Wegener, sin embargo—seguió Dragan ahora—, se vió envuelto en un peligro por todos hasta hoy desconocido... su afán de saber los fundamentos del glaciar de Rink, en fin, le llevaron a la muerte que él no podía ni haberse supuesto... si comparamos su pensamiento con el nuestro, habrá que admitir que el mundo entero execrará nuestro voluntario sacrificio... ¿No es esto desafiar a una muerte segura?... ¡Respondanme ustedes si no quieren sacarme de mi juicio!...

—¿Usted no siente el peso de la responsabilidad de abandonar a Lorenz a su suerte!... Usted cree, por lo visto, que aquí puede imperar la ley del «sálvese el que pueda»... No sabemos aún los motivos que Lorenz pueda haber tenido para adelantarse a nosotros... No se puede dejar a un hombre que se afana por usted

y por los que piensan como usted, sin aguardar recompensa personal alguna, abandonado a su suerte... Usted lo mejor que puede hacer es tomar la decisión que mejor crea conveniente, ya que aquí nadie le obliga a nada...—le reprochó Matushek.

Dragan dejó caer su cabeza como abrumado por los razonamientos de aquellas gentes con quienes sin duda alguna no podía congeniar ni mucho menos equipararse en sus supuestos espíritus de sacrificio.

Lorenz se había llevado la pequeña estación radioemisora de que disponían y para ello le sobraban razones poderosas. ¿Habría dado a conocer su situación? ¿Funcionaría dicha estación respondiendo a cualquier grave necesidad? ¿No se helarían las pilas? ¿Sería el magnetismo de la tierra un entorpecimiento en aquellas regiones? ¿Sabría el mundo entero a estas horas que Lorenz se hallaba solo? Estas y parecidas preguntas ocupaban preferentemente la atención de nuestros expedicionarios, mientras que de cuando en cuando ojeaban el paisaje o examinaban con sus poderosos prismáticos los gigantescos fantasmas que con frecuencia variaban de posiciones y aun de formas en las continuas formaciones de aquellos hielos ante sus maravillados ojos.

El temor de que Lorenz yaciese ya enterrado por aquellas masas, en sitio desconocido, el mismo que tal vez jamás se sabría ya, dominó de nuevo a sus compañeros, mientras que Dragan los seguía agarrado al trineo, silencioso, despechado y por momentos más desesperado.

De cuando en cuando y sin poder resistirse a tales deseos, Brand y Matushek paraban el trineo para sacar fotografías de las más hermosas y fantásticas rocas de hielo, o bien de algún desprendimiento que entre potentes ruidos se desarrollaba ante su vista. Y es que aquellas visiones jamás habían llegado a sus ojos ni sus majestuosos restallidos eran conocidos por sus oídos.

—La ciencia no puede hablar—decía Brand a Matushek—, pero si pudiese, ¿cómo lo haría ante estos valores incommensurables que hacen que el hombre aparezca infinitamente pequeño y cobarde!...

—¿Qué dijo de mí?—le gritó Dragan, cuyos ojos parecieron lanzar dos chispas de fuego.

—No habíamos tenido tiempo de ocuparnos de usted... tranquilícese, Dragan—le dijo Brand, devolviéndole la misma mirada.

—Debemos mostrar nuestra hombría buscando al pobre de Lorenz—le añadió Kuemmel, empujándole

enérgicamente con un codo y enfrentándose con él.

—Sería de lamentar que busque usted de indisponerse con nosotros, porque necesitamos más que nunca unimos... —le dijo aún Matushek.

—¿Por qué no pagamos esquimales que busquen a Lorenz? —dijo Dragan, mirando a los tres con desconfianza.

—Es demasiado peligroso y no quieren ir —le repuso Brand.

—¿Cree usted que no nos acompañarían los de Rasmussen, si éste no los conociera y nos dijera dónde podíamos despedirlos? —le aclaró Matushek.

—Si no comenzase ahora el deshielo... todavía pudiésemos haberlos convencido... pero...

—¿Entonces vamos decididamente a arriesgar nuestras vidas por un cadáver? —le dijo Dragan a Kuemmel interrumpiendo su última frase.

—¡Dragan —replicó enérgicamente Brand cogiendo del brazo a Matushek—, hay que hacerlo, es nuestro deber... y basta ya!

Por un momento, nuestros hombres interrumpieron su charla siguiendo el camino que se les ofrecía franco por la llanura ártica muchas veces interrumpida por ventisqueros y pequeños glaciares que rodeaban siempre que podían.

Al fin fué nuevamente Matushek

quien interrumpió aquel silencio de muerte, frío como el paisaje que atravesaban:

—Cuando volvamos de esta expedición, no bastarán palabras para que se nos agradezca la misma. De todas formas, no bastarán relatos para dar al detalle esta labor; porque con seguridad será ésta la expedición que más frutos saque de sus observaciones.

—A mi entender, el mayor crimen que se sigue cometiendo hasta hoy es el de dejar archivados los resultados de ésta y de otras expediciones semejantes —repuso Brand a Matushek—. Quizás lo más interesante de nuestra obra sean las imágenes que venimos recogiendo de todo cuanto se relaciona con el motivo de nuestro viaje al Polo Norte.

—Cuando este material esté en nuestros laboratorios de Europa, entonces podremos decir que los actuales peligros han sido un fantástico sueño —añadió Kuemmel.

—¡Cuándo... cuándo!... ¿Y si jamás volvemos y se pierde incluso lo conseguido por la ambición exagerada, no es eso otro crimen tal vez mayor? —intervino Dragan.

—Unas 50.000 calculaciones llevamos hechas desde que llegamos a estas tierras, encontrándonos con Rasmussen y llegando hasta hoy... —dijo Matushek parándole a Dragan

los pies—. Wegener hizo 300.000 calculaciones con su gente, todas llegadas a nosotros y de suma importancia... para eso necesitó más de medio año en estas regiones aislado del mundo entero... ¿Ha hecho usted ni siquiera una calculación por su parte... ni aun para salvar a Lorenz?...

—De la casualidad y sólo de la gran casualidad han nacido los grandes inventos y descubrimientos de la humanidad. ¿No se debió a un accidente el descubrimiento de la dinamita? ¿Y a un afán de acortar el camino a las Indias, el descubrimiento del Nuevo Mundo? ¿O a la distracción de un obrero parado que quiso ayudar a su mujer, la máquina de coser?... ¿No puede ser la gran casualidad la que nos haga llegar a la meta de nuestras justas aspiraciones? ¿Es para nosotros para quien trabajamos y por lo que nos exponemos?...—comenzó diciéndole Brand.

—Calma, Dragan...—volvió a decirle Kuemmel.

—¡Debiera usted mostrarse orgulloso de acompañarnos en la busca de Lorenz y de presenciar estos fenómenos que han de servir de base a nuestros experimentos y mediciones!...—siguió Matushek, una vez más.

Los pálidos rayos solares miraron

por entre las rasgaduras de las nieblas a nuestros hombres en penosa marcha. Precisamente acababan de trasponer unas colinas heladas con los veloces eskies, cuando Kuemmel, que era el que iba delante, descubrió una fantástica sima que acababa de abrir ante sus ojos.

Antes de que el propio Kuemmel pudiese darse perfecta cuenta de lo que acababa de ver, llegaron sus compañeros y el trineo a toda marcha. Unos a manera de restañidos consecutivos se percibían a distancia mientras que parte del cuadro del bello paisaje mudaba como por encanto ante los desencajados ojos del grupo. Los gemelos entraron de nuevo en funciones.

—¡No hay tiempo que perder! Sigamos por la derecha de esa zona que parece zozobrar—dijo Matushek resbalando de nuevo con sus eskies veloz por entre los hielos.

—¿Pero se puede pasar por ahí?—dijo Dragan, al que nadie escuchaba ya, puesto que se siguió sin titubens la indicación de Matushek mismo.

Dragan no se atrevió a cogerles la delantera, pero siguió sus huellas para estar al tanto de por dónde se metían aquellos audaces o locos, de los que, por otra parte, temía separarse por el miedo a aquella soledad

entre el fantasma de los hielos eternos.

Y corrieron, cuesta abajo, desliziéndose como el rayo, y cuesta arriba, apurando sus fuerzas; corrían, corrían por descubrir a Lorenz o alguna de sus huellas siquiera sobre aquel sudario de Groenlandia, que constantemente les recordaba el peligro a que se exponían de caer bajo su frío y silencioso amparo.

De pronto, un puente de hielo se interpuso en su camino. Un ligero reconocimiento del mismo dió por resultado que tal vez podría ser bordeado para seguir en la marcha. El terreno se mostraba sumamente escabroso y lleno de nuevos desprendimientos al parecer coetáneos con el que horas antes habían presenciado dejándolo a su izquierda.

Brand fué el primero en animar a los perros y adelantarse por el lado más propicio para verificar el cruce. Matushek y Kuemmel le siguieron, agarrados del trineo, mientras que Dragan, a unos diez metros a retaguardia, los siguió, interiormente horrorizado.

Al mismo borde de aquel puente se descomchó un pequeño bloque de hielo como una astilla de granito; un patín del trineo giró sobre sí mismo; los perros se hicieron fuertes; Kuemmel y Brand se agarraron del patín opuesto; Matushek gritó a los

perros para separarlos del precipicio; Dragan abrió unos ojos de buey enormes y su mayor expresión de horror quedó retratada en sus heladas facciones.

—¡Kaniak! — chilló Matushek al perro esquimal de guía.

—¡Jan, Fritz! — gritó Brand a Matushek y a Kuemmel, horrorizado a su vez.

—¡Kaniak, Kaniak, Kaniak! — repitió Matushek al fiel perro, que hacía esfuerzos enormes por contener el resbalón del trineo.

De pronto, un ruido, un rodar de trastos, unos perros que quedan colgando del precipicio, Dragan que se retira veinte metros hacia atrás, a sitio seguro a su parecer; Brand y Kuemmel que se agarran a unas cuerdas en supremos esfuerzos; Matushek que salta con sus esquís y avanza, viendo a sus pies una sima infernal, profunda...

Al fin se pudo salvar a los perros, menos uno que rompió la cuerda de que pendía, cayendo al enorme precipicio, donde desapareció para siempre. El trineo mismo pudo ser salvado por los esfuerzos de Kuemmel y Brand, que no pudieron evitar cayese la mitad de la carga que llevaba menos sujeta por las ligaduras hechas. Dragan miró a uno y otro lado como una bestia acosada,

pretendiendo unirse de nuevo a los suyos.

—¡Se salvaron los instrumentos!— respiró Brand.

—¡Pero no los víveres!—le repuso Dragan.

—¡Pues comeremos instrumentos!—le dijo a este último Matushek.

—¡Allí, allí!—gritó de buenas a primeras Brand, después de volver a usar los prismáticos.

Y comenzando a dar brinco y saltos, mientras corría alejándose de sus compañeros, repitió:

—¡Vuelvo en seguida!

—¿Adónde va ése ahora?—indagó Dragan cerca de los dos restantes compañeros del primero.

—Iré por un barbero—le repuso tranquilo Kuemmel.

—¡Una cabaña! ¡Allí!—dijo entonces Matushek, que acababa de seguir con los gemelos la dirección en que Brand corría.

Llenos de nuevos alientos y olvidado el peligro que acababan de pasar, aquellos hombres se lanzaron al descubrimiento de aquella cabaña, en cuyo interior sospecharon se hallase Lorenz. Los perros acezaban de cansancio a pesar de la ayuda de los exploradores, que solían empujar el trineo, ahora, desgraciadamente, con menos de la mitad de la carga. Cuando habían recorrido unas dos millas sin cambiar apenas la con-

versación, de emoción que iban sintiendo, se encontraron ante las derrumbadas entradas de ésta, en cuyo interior Brand trataba de encontrar algunas huellas.

En efecto, recubierta por el hielo transparente, una tabla se adosaba en el muro frontal del interior de la misma rezaba:

CABAÑA DE WEGENER

Y en un papel envuelto y metido dentro de una botella cerrada que se hallaba en otro rincón de la cabaña, unas líneas del mismo Lorenz diciendo: «Terminé aquí los víveres. Wegener ha dejado aquí datos valiosísimos. Voy a procurar atravesar el fjord. El poblado esquimal está a la orilla de enfrente del mismo, Lorenz».

—Lorenz ha seguido la ruta de Wegener...—dijo ensimismado Matushek.

—¡Y habrá tenido el mismo fin!—se apresuró a responderle Dragan, ansioso de buscar evasivas para convencer a sus compañeros de que debían regresar.

—Pero Wegener fué a lo desconocido...—dijo Brand.

—Es que aun suponiendo que se haya salvado, es decir, que no haya muerto, como él mismo dice, a la orilla opuesta habrá encontrado el

poblado esquimal y por lo tanto víveres y ayuda... Eso sin contar que lleva la emisora y el aparato receptor para pedir auxilio antes...—decía Dragan.

—Eso si logra cruzar el fjord... y si los aparatos funcionan—le replicó inmediatamente Brand.

—No es tan fácil cruzar un fjord, y el de Kanderogluk por esta parte nadie lo ha pasado; el primero que se lo había propuesto fué Wegener—volvió a decir Matushek.

—Esto no es Suiza—le añadió Kuemmel a Dragan.

—Entonces Lorenz ha querido desafiar a la muerte al poner el pie en los hielos que flotan—lanzó por réplica Dragan.

—En esos témpanos que zozobran uno se pone en serio peligro; pero cuando se es como usted, entonces uno se pierde irremisiblemente—terminó Brand dirigiéndose a Dragan.

La marcha fué de nuevo emprendida. Los peligros parecían ahora cada vez mayores y pronto calcularon los instrumentos que se llegaría a las orillas del mar, cuya época de deshielo comenzaba.

Pudiera decirse que aquellos hombres ya no tenían más apego a la vida, desde que se convencieron que la única disyuntiva era vencer o morir. Al menos así se deducía del hecho de ir acercándose, a concien-

cia de lo que hacían, a la región del deshielo a trueque de perder muy pronto base alguna para seguir adelante.

—Estos sabihondos de científicos darán con todo al traste. Con los víveres ya comenzaron; con los instrumentos, otro cuarto de lo mismo pasará en cuanto venga el primer accidente y haya que pensar en salvar el pellejo; y, finalmente, con la propia vida, que es a lo que parece que vamos decididos—pensaba Dragan, sin saber si declararse en abierta rebelión o seguirlos para atenerse a las consecuencias muy en breve.

Yendo en verdad a cuentas, a Dragan tal vez no le faltaría razón. El doctor Brand, fuera de explorador, ¿qué había sido antes particularmente? De su vida podía él sacar algunas conjeturas. Cuando le fué presentado como futuro compañero de viaje al Ártico, Brand acababa de regresar del Bernina y había pasado un invierno entero allá en lo más alto de los Alpes, entre la nieve, esquiando como si su único elemento fuese éste en vez de la geología.

Como Wegener, también Brand hacía poco que había salido de la universidad a pesar de su fama; su tesis doctoral llamó tanto la atención que le sirvió de primer peldaño para ganarse su puesto de auxiliar de la

cátedra de Geología. Su carrera fué la de un astro en el firmamento; tan sumamente rápida como brillante.

Estos y otros datos de su vida fueron los que Brand había contado a la prensa al partir en el Borodino. Dragan pensaba sobre aquel hombre cerrado de carácter y poco amigo de la celebridad, al que ahora tampoco parecía interesar otra cosa que encontrar a Lorenz, sin pensar en que ni comida llevaban desde hacía unas horas.

¿Qué sería cuando se comenzase a sentir el hambre? Sin duda que Brand y los otros dos, Matushak y Kuemmel, variarían de parecer y terminarían por darle la razón. Pero él bien pronto los había prevenido, ahora todo sería cuestión de dar o no con Lorenz; o llegar de todas formas a lo más en un día a la orilla de enfrente, al poble esquimal que Lorenz había señalado en su misiva de la cabaña de Wegener.

GENTE SIN ESPERANZA
¡HALLADO!

Atravesada una a manera de colina, los tres exploradores seguidos de Dragan se encontraron de buenas a primeras con un paisaje completamente nuevo para ellos. Una inmensa llanura cubierta de miles de picos o agujas de hielo, como si se tratase de un campo de nieve resaca y agrietado pero con grietas bastante profundas. Como de perfil a su derecha un extenso borde de unos tres metros de pared vertical y fuera del mismo el mar lleno de trozos de hielo que se iban desprendiendo de aquella pared e internándose mar adentro.

—Hemos dado con el mar—dijo Matushek después de observar el paisaje largo rato con los gemelos.

—¿Quiere decir que Lorenz habrá pasado la orilla?—añadió Brand.

Una especie de descontento se apoderó de aquellos hombres al hallarse casi en la meta de su recorri-

do en busca de Lorenz sin haber dado con éste. Los perros se quedaron fijos en el nuevo paisaje empujando las orejas hacia el mismo y lanzando sordos gemidos como si temieran a aquellas masas de hielo.

De pronto un fuerte chasquido seguido de un crujir lento y prolongado llamó la atención del grupo que como atónito esperó un momento los sucesos que parecían comenzar a desarrollarse ante sus ojos.

—Va usted a presenciar lo que pocas personas han visto—le dijo Brand a Dragan.

—El nacimiento de un icebergo—siguió Matushek viendo que aquél seguía sin comprender.

—El deshielo... ya llega hasta aquí...—añadió Kuemmel.

—¿No... no hay otro camino que éste?...—repuso Dragan a los tres mostrando la desmesurada órbita de sus ojos.

—Si dispusiésemos de tres semanas para ello, entonces sí... pero entre tanto nos moriríamos de hambre y nos desviaríamos de la probable ruta de Loren—le contestó Bran.

—¿Y qué haremos...? volvió a decir Dragan sin comprender que aquellos hombres se quisiesen acercar a aquellas orillas.

—¡Seguir a Lorenz!—fué la nueva respuesta de Matushek.

La conversación fué interrumpida por nuevas detonaciones y remolinos del agua hacia la parte en que se habían estado fijando primeramente. Una nueva grieta apareció a unos doscientos metros de la orilla de hielo mentada, al mismo tiempo que toda la enorme masa separada por la misma comenzaba a elevarse y a cambiar de formas. El bloque gigantesco terminó por desprenderse flotando a la deriva y aumentando visiblemente de volumen al hallarse fuera. Un iceberg soberbio de los muchos que constantemente se formaban de esta manera repartiéndose por los mares polares y poniendo con frecuencia en peligro a la navegación de aquellas regiones.

—¡Esto es inaguantable!—dijo Dragan mirando aquel fenómeno maravilloso e imponente.

—Los hielos son hielos...—argumentó Matushek.

Mientras tanto Kuemmel hizo una

asombrosa observación. ¿No variaba el paisaje totalmente como si la región entera hubiese comenzado a deslizarse? Todos se pusieron en guardia observando atentamente semejante fenómeno. El primero en descubrir el motivo de aquella constante inclinación del paisaje fué Matushek y en seguida Bran con Kuemmel mismo: una superficie de unas cuatro millas del suelo que pesaban se había separado de la tierra firme y se dejaba arrastrar por la corriente de los mares. Luego hacia horas que se habían internado en el mar helado de Groenlandia errando un poco sus cálculos.

—Se nos lleva la corriente y no alcanzaremos la otra orilla—dijo Bran sin saber qué decisiones tomar.

—Lo mejor será ganar la orilla ésta—dijo Kuemmel—y trasladarnos a algún témpano firme que podamos guiar al otro lado, es decir un témpano pequeño...

—Vamos a acampar—dijo Matushek desorientado.

—¿Acampar aquí? ¿No seguimos adelante? ¿No los libramos de esta isla flotante?...—decía Dragan.

—Usted quiere apresurarse a buscar la muerte—le repuso Matushek.

—¿Pero no vamos a la deriva con

mayor velocidad que antes?—repitió Dragan.

—...hacia el océano...—le dijo Kuemmel.

Dragan que era el más corpulento fué también el primero en sentir los efectos de un hambre devoradora. En sus facciones se vieron rasgos de criminalidad que preocuparon a sus compañeros. ¿De qué sacrificio sería capaz este hombre falto del ideal que alentaba a los otros que le acompañaban? Aquellas imponentes masas de hielo y la falta absoluta de alimento sin otros testigos que el hambre y la soledad de aquellas frías regiones eran malos consejeros para quien ninguna otra misión tenía que cumplir que la de satisfacer sus sentidos y apetitos en medio de la novedad de un paisaje que jamás soñó fuese tan ingrato. De todas formas había que estar avisado con Dragan. En las últimas horas daba por momentos muestras de cierto desvarío tal vez aturdido por las visiones y ruidos que aquella isla improvisada le ofrecía por toda variación. La locura polar de la que se veían atacados no pocos europeos era también de temer para Dragan. Mirando a uno y otro lado y riendo con una satisfacción completamente extraña en él que no se había dejado de mostrar miedoso desde que abandonaron el poblado de Umanak sepa-

rándose de Rasmussen y del Borodino, había dicho sentándose en medio de la nieve y riendo con malicia satánica:

No se está mal del todo en este «iceberg».

—¿Tiene miedo?—le había respondido intranquilo Bran.

—Usted dijo que cuando no pudiéramos resistir más...—le dijo a este último Kuemmel.

—Ya lo sé...—le contestó Bran—. Dígale a Matushek que si abrimos la última lata de conservas que nos queda...

—¿La última comida?...—repuso Dragan en medio de una carcajada—. ¡Idiotas!... ¿y mañana?... ¿qué comeréis mañana?...

—Una foca o un oso, Dragan... eso si tenemos suerte—le dijo Matushek mirándole de hito en hito.

—¿Dónde están los fusiles para eso?... ¡Imposible!... ¡Idiotas!—repetía Dragan riéndose con ojos malignos y pequeños.

—Kuemmel... Bran... vamos a calcular nuestras posiciones—le dijo Matushek a sus compañeros sin hacer caso de los sarcasmos de Dragan el incomprensible.

Aquello tomaba mal cariz. Se improvisó una ligera tienda de campaña para descansar y tomar medidas preventivas. Y mientras unos hacían cálculos y más cálculos, los otros sa-

han a reconocer el terreno y a observar las transformaciones de la isla flotante que los arrastraba. No habían transcurrido dos horas durante las cuales Dragan se paseaba por la nieve aparentemente complacido, cuando ante la vista de nuestros hombres apareció un nuevo iceberg de proporciones gigantescas. ¡Aquello sí que era una isla flotante con todas las de la ley! En una loma de la misma se observaba algo raro: como un recorte del hielo mismo y como una palo enhiesto.

—¡Brand, Brand! ¡allí, allí!—gritó Kuemmel al mismo tiempo que ofrecía sus gemelos a Matushek.

—¡Lorenz debe de ser! ¡vamos allá!—gritaron éstos al observar las mismas señales.

Como alentados por una nueva esperanza, arrancaron la tienda del suelo y cogiendo los perros y el trineo con los bultos necesarios, se dirigieron hacia la orilla aquella. Una vez en la misma y sin miramientos de ninguna clase saltaron uno tras otro sobre diferentes trozos de icebergs flotantes y sirviéndose de los esquís como si fueran remos se esforzaron por ganar el grandioso iceberg donde el supuesto Lorenz se hallaba. Dragan los siguió con un semblante de sorpresa enorme y sin hablar palabra. Kuemmel resbaló por dos veces al agua helada y Brand se zam-

bulló hasta el cuello siendo sacado por sus dos fieles camaradas al pisar en falso sobre uno de los icebergs que los fueron acercando más y más al sitio ambicionado.

Al fin ganaron un costado del bloque gigantesco y a él se encaramaron todos. Y corrieron, corrieron hasta las señales observadas y hallaron una cueva de bloques de hielo con la entrada casi obstruida por cientos de agujas heladas que el perezoso deshielo iba formando. Adentro, en un rincón, junto a sus diarios, desfallecido y pálido y helado se hallaba tendido el doctor Lorenz que apenas pudo enderezar su débil mirada hacia sus salvadores, si así podían llamarse aquellos nuevos prisioneros de aquel iceberg traicionero.

—¡Lorenz!

—¡Lorenz!...

—¡Lorenz!.....

Tales fueron las únicas expresiones de saludo que se cruzaron por aquellos tres hombres. Kuemmel, Brand y Matushek al entrar uno tras otro en el cobijo y llegarse al rendido jefe de su expedición que parecía casi cadáver.

—Fritz... Johannes... Jan...—dijo al fin con voz apagada Lorenz reconociendo a sus tristes compañeros.

Por su parte Dragan entró el último en el frío cobijo, fijando su mirada en Lorenz y riéndose una vez más al

mismo tiempo que decía con voz ronca y grave:

—¡Comida! ¿Hay algo aquí de comida?... ¿No comemos?... ¡Respondan y no sean idiotas! ¡me vuelven loco!...

—Dragan, descanse y no martirice a Lorenz—dijo en tono sumiso al parecer, sintiéndose infinitamente desgraciado el fiel Bran.

En efecto tendiéndose Dragan al parecer obediente hubo un momento de tranquilidad en el cobijo. Los perros también se echaron gimiendo levemente azuzados por el apetito que los animales sentían. A una señal de Brand y de Matushek, fué ahora Kuemmel el que abrió la última lata de conservas que todos tenían para hacer frente a aquella trágica situación. El reparto se hizo con toda equidad dándose primero a Lorenz la parte correspondiente, es decir ayudándole a tragarla ya que él mismo no tenía fuerzas suficientes para llevarse las manos siquiera a la boca.

Al cuidado de sus compañeros Lorenz pareció reaccionar un poco. Matushek terminaba con su parte, la que sus cristalinos ojos miraban con profunda ansia. Kuemmel se sentía fuerte para guardar algo a Lorenz mientras que Dragan seguía sus movimientos reservándose quién sabe qué criminales presentimientos.

Brand también agotado se compadeció de los perros que gemían de hambre y dió a cada cual una chispa de su ración para siquiera acallarlos o alejar al menos de su conciencia aquel martirio de los animales que deberían morir de hambre después de salvarles el equipaje y arrastrarles los instrumentos.

—Idiota... ¡desperdiciar así la comida!... —murmuró Dragan mirando amenazador a Brand y rebañando su porción mientras se fijaba ávido en el plato de Kuemmel y de Lorenz cuyos bocados seguía con mirada de hipnotizado.

A fin de evitar disgustos, Bran se salió del cobijo sin replicar a Dragan e inmediatamente se puso a reconocer la posición del iceberg en que iban a la deriva. Matushek le siguió y lo propio hizo Kuemmel quien por consejo de ambos volvió al cobijo para guardar a Lorenz de alguna posible idea descabellada de Dragan que infundía grandes sospechas; Dragan no parecía dispuesto a soportar por mucho tiempo el hambre ni era hombre hecho a ninguna clase de sacrificios; por eso hasta cierto punto se le venían guardando ciertas consideraciones, máxime habiéndole aceptado Lorenz su ofrecimiento moral y material que ahora podría resultarles demasiado caro.

A ambos exploradores se ofreció de nuevo un cuadro fantástico a la vista. Un iceberg de unos 150 metros de altura (y por tanto de sus 900 metros de profundidad) avanzaba con solemnidad del rey del Artico por el horizonte de la derecha suya. El observar su avance fué un verdadero placer para ambos exploradores que hicieron sus cálculos bastante exactos sobre el mismo e incluso nuevas fotografías que unir al rico archivo de las ya reunidas. Aquellos millones de toneladas de hielo, eran un coloso que a diferencia del Mont-Blanc, pongamos por ejemplo, vivía; y que vivía no tardaría en demostrarlo si se le seguía observando atentamente.

Un iceberg de aquella naturaleza tarde o temprano terminaba por adentrarse en el océano y quizás mucho antes aun resquebrajarse y perder su solidez fantástica. Entonces era cuando aquellas masas destrozadas formaban trombas y remolinos que constituían verdaderas catástrofes de la naturaleza, saltando sus olas a cientos de metros de altura y haciendo en la fauna marina destrozos de gran consideración pues mataba a los miles de peces que se encontraban en su derredor, sobre todo en los mares más alejados del Polo en que la pesca era más numerosa. Era de ver en tales casos cómo

se avanzaban las gaviotas a recoger sus presas en las mismas aguas a raíz de dichas catástrofes. Y no se crea que todo se reducía al remontarse de las terribles olas y al revolverse de dichas gigantes masas arremolinadas entre sí, sino que todo ello iba acompañado de estallidos parecidos a los de una seca tormenta y a crugidos sucesivos hasta entrar el monstruo deshecho en el nuevo período de tranquilidad correspondiente a sus múltiples masas disgregadas entre sí.

Si no hubiese sido por el estado delicado de Lorenz, ¡cuánto hubiera gozado él precisamente admirando la majestad y belleza de aquel soberbio iceberg que dió lugar a todas estas consideraciones por parte de Matushek y de Brand!

Lo peor de todo sería si aquella catástrofe se verificaba en sus alrededores y los envolvía en su tragedia. Mejor era no decir nada a Lorenz: le convenía descansar. Por otra parte ¿para qué andar con tal clase de consideraciones? ¿Acaso el iceberg sobre el que estaban no podía sufrir iguales trastornos en su textura, y aún quizás antes que aquél de enfrente? Ahora avanzaba la imponente masa a unos 30 metros por hora.

Brand y Matushek regresaron al cobijo donde Lorenz narraba a Kuemmel y al admirado Dragan algunas de

sus peripecias. De sus fieles perros sólo le quedaba uno allí a su lado, también hambriento y gimiendo a cada cual que le miraba, o colocando su cabeza entre sus dos manos extendidas como resignado a sufrir con su amo su misma suerte.

Dragan volvió a reírse enigmático. ¿Estaba este hombre en su juicio o se proponía desempeñar un papel estúpido en aquellos momentos de su gravedad para todos?

—¡Siga Lorenz!—dijeron de pronto los que acababan de entrar.

—...y me descubrieron unos aviadores que comenzaron a girar sobre mí sin poder aterrizar y menos amarrar—decía Lorenz con voz entrecortada y débil.—

—...comprendí que no querían dejarme en esta soledad y ante el peligro, y siempre volvían de nuevo adónde yo me encontraba... Por fin comenzaron a realizar pruebas de salvamento...

—...no quiero recordarlo... cayeron sobre un iceberg... y se hundió el aparato y no vi a nadie más...

—...volví a manipular la emisora y solicité de nuevo socorro a todo el mundo, S. O. S. Iceberg... S. O. S. Iceberg... S. O. S. Iceberg...

—...y un grupo de esquimales, al parecer pescadores de ballena, que también me habían descubierto...

dieron gritos y más gritos... sin que pudieran llegar aquí...

—mi iceberg adquirió una velocidad fantástica cuando me vi envuelto en la catástrofe de otro mayor que se desprendió del lado de éste en los comienzos de mi perdición...

—...y después de escuchar el grito guerrero de los esquimales «Ejor-pock»... los perdía de vista mientras me hacían señales con los brazos...

—...mi iceberg se disgregó en dos masas hace unos días y dió una vuelta de campana... pero conseguí sostenerme en esta loma que se inclinó sobre su eje y seguí a la deriva... despacio y perdida la velocidad de antes...

Lorenz hizo una pausa conteniendo su emoción y su cansancio.

—¿su equipaje?—musito Matushek.

—Mis fieles perros y mi trineo se hundieron para siempre al disgregarse este iceberg... y sólo me quedé con uno... Aún pude ver como una pareja de osos polares hacían presa en los perros... aquella lucha en la que los osos hambrientos y en su elemento del agua habían de vencer me llenó de horror y de tristeza...

—...volví la vista y no sé más...

—¿Dónde están los aparatos?—le interrumpió Brand.

—Y la emisora, ¿funciona todavía?—indicó Matushek.

—Será mejor seguir llamando...— dijo Kuemmel.

Dragan seguía sentado en su rincón, sonriendo a unos y a otros, como quien ha perdido el juicio.

En sus compañeros hubo un momento una esperanza de salvación ya que si Rasmussen al menos oía las llamadas haría un máximo esfuerzo por mandar a sus más expertos esquimales en su ayuda.

Lorenz sabía que los indígenas era capaces de milagrosos esfuerzos con sus ligeros kajaks, esto es si se atrevían a comenzar cualquier seria empresa. En general, ya hemos dicho que el esquimal le tiene un respeto y un miedo horroroso a los icebergs y a las regiones en donde son más frecuentes.

Pero a veces aquellas gentes, sobre todo en épocas de necesidad, se lanzaban a todas partes en busca de pesca para su comercio y alimentación. De pieles de foca hacían sus citados kajaks con tanta habilidad que nadie se atrevería a hacer lo que ellos en los helados mares del norte y en persecución de los más grandes cetáceos.

Principalmente el esquimal, se dedica en la región de Umanak a la pesca ligera y a la de lobos marinos y las focas. La carne de foca es su más principal alimento. Las pieles las usa para sus embarcaciones o bien

las venden a los depósitos del gobierno de Dinamarca allá estacionados. Con el producto de tales ventas viven una existencia modesta.

El kajak en sí es una ligerísima canoa de forma lisa que puede uno llevar del brazo. Los niños de los esquimales ya comienzan a navegar en dichos botes de los diez a los doce años; el manejo es difícil y cuando son hombres ya están en condiciones de salir a alta mar con los mismos. Delante del asiento del kajak hay una especie de forro que protege contra el agua y al mismo tiempo sirve para guardar sus riñes.

Sobre el citado forro, llevan una ligera armadura a la que va adosada la cuerda y el harpón para la pesca grande. Cuando saben donde hay focas por ejemplo, los esquimales salen en su persecución; con sus kajaks se aproximan todo lo posible a ellas y una vez bien cerca les disparan sus riñes; más como el animal herido se sumerge inmediatamente y con ello se le perdería al cazador su presa, inmediatamente después de disparar le arrojan el harpón tan habilidosamente que una vez clavado éste el animal está seguro. Se lleva en efecto varias docenas de metros de cuerda con el harpón pero como el final de la cuerda está sujeta al kajak, la foca herida se revuelve desangrándose hasta

que ya cadáver no hay más que arrastrarla.

Las focas son animales sumamente inteligentes y por este motivo los exploradores encontraban grandes dificultades en cazar o pescar ninguna, ya que apenas se dan cuenta del peligro desaparecen para no volver al sitio en que se hallaban.

Sin embargo los esquimales saben salvar tales dificultades poniendo en la popa del bote una especie de tela blanca, al mismo tiempo que se ponen un «anorak» o especie de jersey blanco también, con lo que aparentan más que una canoa con su ocupante un pequeño bloque de hielo o iceberg sin importancia.

Siendo por lo tanto esta gente tan a propósito, ¿no habría esperanza de que se sirviesen de ellos incluso después de sus llamadas de auxilio?

Por otra parte los perros polares prestaban servicios sumamente importantes en aquellas regiones.

Precisamente cada familia esquimal era poseedora de un trineo por humilde que fuese y de algunos perros de dicha clase, con un perro guía siempre que era el que se enganchara en la parte delantera y al que sus camaradas guardaban el debido respeto. A esta clase pertenecía Kaniak, el único perro guía que les quedaba a los expedicionarios y que en la

caída que costó a los compañeros de Lorenz la pérdida de los víveres entre otras cosas tan importante papel desempeñó aguantando el peso del trineo y dirigiéndolo inmediatamente hacia la parte contraria.

Estos perros guía tenían fueros especiales entre su clase como queda dicho. Así, por ejemplo, cuando se les echaba de comer, ellos eran los que primero comenzaban, y ello se llevaba por los mismos animales a la práctica hasta tal extremo que si alguno de los otros perros no guías comía antes o al mismo tiempo que él, éste se lo impedía mordiéndolo hasta reducirlo a sumisión.

Otra de las características del perro polar es que cuando se le llama, en vez de venir, se marcha. Esto obedece a su costumbre de ir inmediatamente a engancharse al trineo cuando se le llama, sabedor de su única misión.

El perro polar no hace nada más que eso; desde que nace se le destina a tirar del trineo, y ya los niños esquimales apenas los perros salen del período de la lactancia los enganchan a trineos que les sirven de juguetes y en los que los cachorros conducen a sus pequeños amos.

Nakiak, el perro cedido por Rasmussen a la expedición Lorenz era

uno de los perros guías polares mejores de la comarca de Umanak y seguramente que muchos esquimales mismos no hubieran prestado a los europeos los maravillosos servi-

cios que él les venía prestando, atreviéndose incluso a ayuntar a los osos blancos que aunque en número escaso habían hecho acto de presencia poco tranquilizadora.

LLAMADA TRAGICA.—ESTRAGOS DEL HAMBRE

Semejantes meditaciones hicieron, repetimos, concebir fundadas esperanzas a los avisados Brand y Matushek que saliendo del cobijo, comenzaron a medir la velocidad del gigantesco iceberg que los soportaba así como la dirección que había tomado.

Dragan los siguió silencioso. Al ver que ambos exploradores comenzaban de nuevo a lanzar llamadas de auxilio aquel energúmeno prorumpió a grandes voces y dirigiéndose a los mismos:

—S. — O. — S... S. — O. — S.
¡S—O—O—O—R—R—O...!

—¡Dragan! ¿No podría usted contenerse?... —le dijo Matushek lleno de consideración hacia él.

—¡Sign! ¡Diga que es la expedición Lorenz! ¡Idiota! —le replicó aquél.

—¡Supongo, Dragan, que no pretenderá que entre nosotros impero

desde ahora la ley del más fuerte! —le dijo entonces Brand mirándolo fijamente.

Una nueva carcajada y una mirada sostenida de traidor a sus camaradas fué la única respuesta del alucinado.

Las llamadas S.O.S. — S.O.S. — S.O.S. l—c—e—b—e—r—g... se repitieron por Matushek mientras Brand recogía las respuestas del receptor. Un ansia poderosa de salvación se había apoderado de aquellos hombres que comenzaron por vez primera a sentirse obsesionados por una idea: COMER algo. Salir de aquel iceberg que pretendía sepultarlos llevándoselos cada vez más a la deriva. A dicha ansia se sumaba el agotamiento que acusaban manifiestamente las baterías de los aparatos emisor y receptor, pues en vez de funcionar consecutivamente había que dejarlos descansar de cuando

en cuando para que dichas baterías se reluciesen un poco. Ello ocasionaba que cuando creían percibir respuestas de auxilio o responder a instancias de latitud y longitud a que se hallaban, las señales se debilitaban, de suerte que jamás se llegaba a una comunicación perfecta. Aquello era una verdadera agonia.

En los barcos que recogieron las llamadas de Matushek y de Brand reinaba enorme inquietud. En el continente también hubo estaciones que se apercibieron de aquellas señales débiles e intermediarias.

—¡Es la expedición Lorenz en el Artico! —decía el radiotelegrafista de un crucero japonés que recogió las llamadas.

—¡Un S. O. S. de Lorenz en Groenlandia! —repetían en la estación de Leningrado.

—... ¡están en un iceberg!... no se oyen más señales... parece que las baterías se les han agotado... —decía a un oficial el radiotelegrafista de un trasatlántico alemán.

—¡Tramítale usted a todas las estaciones! —decía el mismo oficial.

En cuestión de segundos en efecto, el buque alemán dió constantes y repetidas señales S.O.S.-Iceberg con la posición aproximada de Lorenz.

Una fiebre de salvación se apo-

deró del mundo entero y a las pocas horas ya eran incluso los periódicos quienes en sueltos especiales daban toda clase de detalles de la probable tragedia que después de lo de Wegener venía a caberse en Lorenz y los suyos.

Las biografías incluso de los intrépidos viajeros se vendían a precios excepcionales. Se daba por muerto al jefe de la expedición y por desaparecido al millonario Dragan. Se decía que acosados por el hambre habían sostenido sin armas cruentas luchas con los osos polares, que se habían visto obligados a comerse racionados incluso a los perros esquimales que habían utilizado. En fin, sacando conjeturas de acá y de allá, la prensa se encargó de crear en torno a la Expedición Lorenz una leyenda llena de las más sensacionales aventuras.

Las costumbres de los esquimales se refrescaban de nuevo en las más sabrosas leyendas: se recordaban memorias de otros exploradores: así decía un periódico gacetillero de Viena (Nachmittag Post):

«Los esquimales son hospitalarios por excelencia. Las mujeres se esfuerzan por hacer al extranjero que de tarde en tarde y con alguna misión extraordinaria y peligrosa llega a sus tierras, lo más agradable posible. ¡Claro que en Groenlandia no

se puede hablar de grandes comodidades! Las muchachas esquimales son como las de todo el mundo por lo que al baile se refiere. Bailar es su mayor debilidad. Especialmente gozan invitando a los extranjeros a bailar en sus cobijos en los que apenas si hay espacio para moverse, pero en los que sin embargo se desarrollan fiestas. No tienen bailes típicos nacionales como pudiéramos llamarlos en general; en cambio se sirven de planos primitivos como los que los barcos viejos suelen tener y en ellos tocan músicas viejas europeas bailando a su manera dichas melodías y procurando imitar siempre al europeo. Semejantes importaciones se las deben a los daneses bajo cuyo protectorado está Groenlandia. Lo mismo han aprendido de Dinamarca la costumbre de tomar café por cuya bebida sienten verdadera pasión. El café lo toman con nata de leche de reno. Son muchachas coquetas y hay entre ellas verdaderas bellezas. Entre sus adornos se hacen zapatos cuyas muestras son realmente primorosas y además elaboran collares y cuellos incluso hechos de perlas artificiales de vivos colores, que si se conociesen en Europa sería uno de los artículos de mayor aceptación hoy día.»

En casa de cada uno de los ex-

ploradores reinaba general consternación. La prensa se leía ávida; se aguardaban constantemente noticias oficiales del gobierno personalmente interesado en Alemania por la suerte de sus prohombres, y así mismo de los centros deportivos y Sociedades a que cada cual pertenecía. Incluso se consiguió de Leningrado y de Moscú que esta última capital enviara en socorro de la expedición dos de sus potentes barcos capaces de hacer frente a aquella región minada de icebergs, mientras que en América se hacían esfuerzos paralelos por las autoridades y la familia del millonario Dragan que apoyaba la expedición Lorenz acompañando a éste con quien tenía personal amistad.

Las primeras jornadas transcurrieron sin que nada nuevo se supiese de los exploradores extraviados. Con los medios a la disposición ofrecidos por la familia de Dragan, la esposa de Lorenz se aventuró por fin a salir en busca de su marido sucediese lo que sucediese. Bien es verdad que ella tenía el título de Piloto civil oficialmente reconocido, pero aquel vuelo significaba el sacrificio de la propia vida por salvar la de su esposo al que por momentos creía víctima de la horrible tragedia en que se hallaba envuelto.

Para evitar se hiciesen demostra-

ciones de ningún género o bien se tratase de oponerse a aquel acto de inaudito arrojo para el mejor piloto, cuanto más para una mujer. Hellen Lorenz no participó a nadie sus intenciones y sólo logró de la familia Dragan sufragase los gastos de un avión bien pertrechado para ponerlo a disposición de un aviador que deseaba permanecer en el mayor incógnito al menos hasta que lograse su cometido, si lo lograba, de encontrar a Lorenz y a los suyos lo antes posible.

Tal deseo no encontró oposición alguna. Así salió la esposa de Lorenz de la costa de California, donde se hallaba aguardando las nuevas de su esposo, para hacer varias escalas hasta llegar al sitio indicado en los mapas como probable de dónde se encontraría arrastrado por la corriente del océano el iceberg trágico.

La desaparición de Frau Lorenz y su aterrizaje al concluir su primera etapa, empero, descubrieron el secreto que ella trató de encubrir más por modestia que por nada.

«HELLEN LORENZ VUELA EN SOCORRO DE SU MARIDO»—rezaban al día siguiente los títulos de los principales rotativos de Europa y de América. «HELLEN LORENZ SE ACERCA A GROEN-

LANDIA»—repetían los sueltos especiales a las pocas horas.

Las fachadas de los principales diarios dejaban rodar cintas de letreros luminosos con las últimas noticias acerca del vuelo de la atrevida piloto, así como las referentes a las radiaciones recibidas en todo el mundo últimamente.

Entre tanto en el iceberg en que se encontraban los indefensos exploradores habían ocurrido un drama tristísimo y hechos de importancia tal que merecen relato aparte.

En el cobijo estuvo a punto de producirse una tragedia bien grande mientras tanto ocurría, decíamos; en efecto, mientras Kummel, Brand y Matushek se hallaban reconociendo las posibilidades de salir de aquel iceberg, por cierto algo alejados de la cueva que Lorenz se había podido construir en el mismo, el jefe de la expedición había permanecido con Dragan en la misma; Lorenz porque su estado de debilidad no le permitía levantarse aún de su lecho y Dragan por apatía hacia los sucesos que se estaban desarrollando y aún habrían de desarrollarse. Ambos individuos se miraron un momento cara a cara, haciéndolo Lorenz con aquella mirada fija de espectro que sus decaídas fuerzas físicas le prestaban, sin pronunciar palabra.

—¿Por qué no habla? ¿Por qué no se muere? ¡Me está volviendo loco con esa mirada estúpida! —le dijo Dragan exasperadamente fuera de sí.

Las facciones de Lorenz amarillas y heladas no se inmutaron siquiera. Ahora fué el fiel Kaniak al que Dragan volvió sus ojos. Como espoleado por el hambre lo clavó fija su mirada unos segundos mientras el fiel bicho se le quedó observando de hito en hito, como presintiendo las salvajes intenciones de aquel hombre.

Con sigilo Dragan se alzó por el cuchillo de caza que guardaba en su mochila de la percha y con la intención de sacrificar al perro que les había defendido y apoyado en su empresa y que compartía con ellos las horas de tragedia por las que atravesaban, se dirigió al mismo dispuesto a sacrificarlo.

Lorenz quiso dar un grito reprochando a su amigo su conducta, al mismo tiempo que Kaniak con una cuchillada en el lomo saltó despavorido huyendo hacia el exterior. Su perseguidor escondió el arma asesina y yendo tras él trató de atraerle con caricias que el fiel animal creyó dejando que se le acercase. Entonces Dragan quiso darle el segundo golpe criminal del que el animal ya prevenido pudo salvarse saltando hacia un lado y huyendo lejos todo atemorido

y escondida la cola entre las patas.

Por una desgraciada casualidad Kuemmel presenció la última de estas escenas corriendo hacia Dragan al que recriminó:

—¡Ea usted un monstruo!

—¡Comida! ¡Comida! ¡Comida! —repúsole Dragan con demudadas facciones.

—¡Pero Kaniak no puede pagarlo! ¡Kaniak no tiene culpa! ¡Y puedo serles muy útil aún!

Kuemmel se quedó fijo en el perro que a larga distancia de ellos y después de señalar su huida por un chorro de sangre en la blancura de la nieve, se lamía la enorme herida cayendo a tierra sobre el lado opuesto de la misma.

Aprovechando esta distracción de Kuemmel, Dragan se adelantó a él unos pasos empuñando aún el puñal manchado de sangre. Horrorizado el primero dió unos pasos atrás. Dragan siguió avanzando mirando al cuerpo de Kuemmel y sosteniendo con firmeza su puñal. Aquél retrocedía y retrocedía con señales de temor crecientes que comprendidas por el primero fueron devueltas por carcajadas terribles como de un enajenado.

Sin duda alguna que el hambre hacía en Dragan tales estragos que ya no retrocedía ante idea alguna de

humanitarismo o espíritu de compañerismo siquiera frente a sus amigos de tragedia que con mayor estoicismo que él pasaban aquellas horas de enorme martirio.

Brand observó aquellas figuras al fin y corriendo hacia las mismas pudo ver cómo llegados al borde del iceberg, cuya pared era por dicho lado completamente vertical, Kuemmel, en su afán de libertarse de su cruel perseguidor, resbaló de espaldas, sin darse cuenta de que la base le faltaba, y desapareció bajo las heladas aguas.

Dragan alzó el puñal y se quedó ensimismado mirando la caída de su

supuesta víctima, arrebatada por el mar. La desaparición de Kuemmel no le interesó al parecer lo más mínimo.

—¡¡¡Asesino!!!—le dijo Brand, llegando en veloz carrera y sujetando al sorprendido Dragan por los brazos.

Al ver Brand que de Kuemmel no quedaba ni una estela en las aguas, miró vertiginoso a Dragan de nuevo y corrió a avisar a Matuashek de lo sucedido. Dragan siguió con estúpida mirada la carrera de Brand sin moverse de su sitio y mirando tras unos segundos de nuevo a las aguas que habían sepultado a Kuemmel.

ULTIMOS DIAS DE LA EXPEDICION. LLEGADA DE AUXILIO

Pero Matushek, tanto como Brand, se vieron distraídos por el ruido de un motor que no pudieron descubrir entre las ligeras nieblas que se esparcían por el horizonte. El ruido era cada vez más perceptible. Un zumbido constante que las corrientes del aire hacían ensordecedor o bien desaparecer del todo, según sus direcciones.

Como iluminados por la misma idea emprendieron nueva carrera hacia el cobijo, pensando en Lorenz. ¿Habría Dragan...? Al mismo tiempo convendría ocultarle a Lorenz la desaparición de Kuemmel y animarle cuando él mismo escuchase aquel constante zumbido de un aeroplano de auxilio, seguramente.

Provistos de banderas, hechas expresamente en un instante con los medios de que disponían, y sin poder atender al pobre de Kaniak, que seguía lavándose su propia herida,

sin aventurarse a regresar al cobijo, Brand y Matushek envolvieron a Lorenz entre pieles para resguardarlo y se lanzaron sin pensar en Dragan a pedir auxilio al posible salvador.

Para mejor conseguir el ser vistos corrieron hacia una enorme explanada del iceberg, y en medio de ella aguardaron.

—¡Brand, allí!—dijo de repente Matushek.

—¡De veras!

—¡Un hidro! ¡Podrá amasar!

—¿Tienes cerillas? ¡Quememos nuestras ropas de encima para que vea el humo!—acordó Brand.

En efecto: en pocos segundos ardían, amontonadas, las gorras y chalecos pesados de ambos exploradores, entre otras cosas, levantando pronto una densa columna de humo.

El hidroplano pasó por encima de ellos, que comenzaron a gritar a todo pulmón, aunque sin ser oídos.

Pronto desapareció, sin embargo, tras unas neblinas cercanas, Brand y Mathushek se miraron, completamente desilusionados.

—No nos han visto...

—¡Tal vez vuelva!—le replicó Brand a Mathushek.

Apenas acabó de pronunciar dicha frase cuando la silueta pequeña del hidro se dibujó de nuevo entre las nieblas aquellas que muy bien podrían hacer descontar toda idea de salvación posible.

En pocos minutos pasó de nuevo por sus cabezas, esta vez a mucha menor altura. Otra vez se volvió a alejar y otra vez volvió a circundar el iceberg, ahora ya sobre los mismos Brand y su compañero, que izaban con todas sus fuerzas sus trapeos, y movían sus brazos desesperados.

Por fin, el hidro descendió a tan poca altura que pudieron ver en el mismo la silueta femenina de la mujer de Lorenz, que les saludó con una mano.

—¡Salvados, Brand!—dijo emocionado Mathushek.

—¡Aun no...! Pero puede que pronto...—replicó Brand, esperanzado ya.

Queriendo amatar sobre el propio iceberg al parecer, el hidro planeaba, dando vueltas y más vueltas sobre el mismo, siempre cada vez

más bajas. Finalmente rozó el mismo, si bien siguió volando sobre su superficie unos doscientos metros. De pronto un golpe en seco y una llamarada...

—¡Se incendia!—gritaron a una los exploradores, mientras corrían hacia el mismo.

De su interior saltó afuera la esposa de Lorenz, a la que recogieron de entre las mismas llamas casi, los audaces hombres, retirándola del lugar del siniestro.

El aparato había chocado con una ligera elevación del iceberg, completamente vertical, que por su igual blancura y superficie no pudo ser observada por Hellen Lorenz. Todo ardió sin remedio: algunos alimentos que ella traía, así como medicinas de urgencia, apropiadas para la región aquella. Pero en medio de aquella gran desgracia se había salvado al menos la vida de la intrépida mujer.

—¿Dónde está Carl?—fueron las primeras palabras de Hellen.

—Aquí... pronto le verá... en el cobijo... pero le advierto que está...—decía Brand, subrayando sus palabras.

Dragan se abalanzó al grupo clamando: «¡Comida! ¡Comida! ¡Comida!...»

—¡Nos ha privado de la compañía de Kuemmel! ¡Lo ha...!—y Ma-

tushak no terminó su frase, mirando a Dragan con odio infinito.

—Comprenda... no es responsable de sus actos...—añadió Brand, queriendo evitar algún acto de violencia.

Dragan dejó caer su cabeza que en seguida volvió a alzar como una fiera acosada. Como un loco con momentos lúcidos.

—Debió haber amado... ¿No ha visto a nadie en estas cercanías?—preguntó Matushek a Hellen.

—¿Ningunos esquimales?...—añadió Brand.

—¡Ahora ya no podremos avisar a nadie! ¿Que no se entere Carl!—les replicó Hellen Lorenz.

A los pocos momentos el grupo de los cuatro entró en el cobijo. Al ver la esposa de Lorenz a éste postrado de aquella forma, no pudo contener un grito de dolor, y, abalanzándose a él y abrazándole durante largo rato no pudo sino decir:

—¡¡¡Carl!!!...

Animado por la presencia de su audaz esposa, Lorenz pareció reanimarse bastante, mientras la sonreía. Y para distraerlo, antes de que supiese la desgracia de su aterrizaje que volvía a condenarlos a todos a la misma muerte, contó Hellen Lorenz el estado de alarma que en el mundo había por su situación, los esfuerzos que se procuraban hacer y el temor

sin duda de nuestros célebres aviadores a aventurarse a correr la misma suerte de ellos, por lo que ella, de incógnito y con los medios de la familia de Dragan, había realizado la difícil travesía.

Cuando Dragan oyó que aquella tentativa se había hecho gracias a sus familiares pareció ganar de nuevo su completa lucidez y ansioso pidió informes y más informes a Hellen Lorenz, ante cuyo esposo se siguió ocultando la suerte cabida al desgraciado de Kuemmel. El cansancio de unos y otros aumentó notablemente por las últimas jornadas y se dispuso unas horas de sueño.

Brand recogió a Kaniak y vendándolo y envolviéndolo en varias prendas lo hicieron participar de aquel descanso común. A los pocos minutos todo el mundo pareció trasvelado, cuando unos chasquidos descomunales y un a manera de fuerte oleaje puso en alarma a los expedicionarios. De pronto y sin dárles tiempo a recapacitar en nada, cayeron sobre la entrada del cobijo masas de nieve enormes y trozos de hielo que amenazaron con obstruir la salida del mismo. Brand y Matushek se lanzaron al exterior, pudiendo observar que la mitad del gigantesco iceberg que los sostenía se había desprendido, separándose de ellos y originando en unos segundos

una especie de catástrofe, cuyas exteriorizaciones aún podían admirarse.

Por suerte aquello pareció pasar. El iceberg mudó de posición y girando sobre sí mismo amenazaba con inundar el propio cobijo; cuando todos se disponían a abandonar el mismo, aquel giro volvió a retroceder y finalmente quedó el iceberg en tal posición que la pared derecha del mismo pasó a ser el techo actual quedando abierta la entrada.

Horrorizados volvieron a taparse, preservándose de aquel frío terrible. Pero Matushek y Brand percibieron llamadas del aparato receptor que seguía funcionando ahora a causa de haberlo tocado Dragan momentos antes en estado desesperado. Mas nada pudieron recoger, si no es señales transoceánicas de buques mercantes, y como quiera que las pilas parecían haber reaccionado de nuevo, se lanzaron de nuevo SOS SOS tras de determinar la nueva posición del iceberg.

—Hemos dado un rodeo a la deriva—dijo Brand.

—Yo calculo que siguiendo así en esta nueva dirección, mañana perderemos definitivamente de vista la tierra firme—respondióle Matushek.

—Todavía esta madrugada pasaremos muy cerca del cabo Najak... —insinuó de nuevo Brand.

—...sólo a cuatro millas... ¡lástima de no tener un bote!...

—No comprendo, ¿qué propósitos tenemos ahora — interrumpió Dragan, acercándose a ellos.

—Buscad auxilio. Pronto pasamos por cerca de un poblado de esquimales—le replicó Brand.

Aquella madrugada—bajo el brillo de un sol que parecía una grande moneda de oro—Brand, sin decir a sus compañeros nada, se lanzó a la aventura. Por uno de los lados más asequibles al mar de aquel iceberg se lanzó al agua helada, nadando, nadando, en supremos esfuerzos para salvar la vida de sus compañeros y la propia, si aguantaba aquella prueba sin precedentes, de salvar cuatro millas, hasta el poblado esquimal de referencia. ¿No había perecido ya Kuemmel bajo la presión de aquellas terribles circunstancias? ¿No era de temer que tras la primera impresión por la presencia de la esposa de Lorenz, Dragan volviese a hacer alguna de las suyas? ¿No estaba Kaniak tan terriblemente herido, que la fiebre consumía al pobre bicho para el que faltaban incluso medios de curación? ¿No era de esperar que Lorenz no soportase dos días más aquella debilidad que arrastraba desde hacía semanas? ¿No estaba la mujer de Lorenz expuesta a sufrir un final trágico a la hazaña

que acababa de realizar? ¿No sería de temer que él mismo aguantase ya pocas horas aquel hambre terrible que su robusta complexión apenas podía ya resistir? ¿Alguien tenía que sacrificarse!... ¡Ánimos, Brand!...

Pronto alcanzó un pequeño témpano en el que hizo un breve descanso después de encaramarse bien sobre él. Y luego siguió saltando de témpano en témpano en un sitio que al parecer un iceberg acababa de disgregarse. Varias veces perdió pie y otra tantas volvía a encaramarse sobre los mismos o sobre nuevos bloques a su alcance. Y volvía a lanzarse al agua y a nadar entre los témpanos terribles... Así una milla, dos millas, tres millas... Helado por completo de arriba abajo y contráidos sus músculos temió varias veces no poder sobreponerse a aquel frío brutal. En varios témpanos aprovechó los descansos para hacer fuertes ejercicios gimnásticos buscando el reaccionar y el entrar en calor, si quiera el necesario para proseguir aquella terrible peregrinación.

Luego, hecho un verdadero «Ecce Homo» había logrado llegar a la costa frente al pueblo esquimal. Cuando cerca de éste y sobre un pequeño témpano comenzó a hacer señales a las personas que vió en las orillas de las aguas, los esquimales le descubrieron.

Una loca carrera fué emprendida por todos sin excepción. ¿Se extrañarían de aquella visión de un hombre que aparecía en el mar de raza diferentes y diferentes ropajes? Brand pensó lo mejor de aquellos bonachones habitantes y saltó nadando hasta llegarse a ellos. A esperarle se habían congregado todos los del poblado al parecer; uno alto y robusto a más de joven, pareció el jefe de los mismos puesto que en su alrededor se congregaban los curiosos y fué el que tomó la palabra dirigiéndole frases que el doctor Brand no comprendió.

—|||Iceberg!!! |||Iceberg!!!
|||Iceberg!!! —decíale Brand alzando sus brazos y señalando al mar.

Aquellos inteligentes indígenas parecieron comprender y el que parecía jefe de los mismos, puestas en bucco ambas manos a los lados de la boca, gritó tres veces estentóreamente su grito de guerra:

—|||Eijorpok!!! |||Eijorpok!!!
|||Eijorpok!!!...

Aquellas gentes obedecieron ciegas y se fueron a centenares a recoger sus kajaks con los que se lanzaron al agua, mientras que Brand helado y tiritando fué recogido por aquel jefe que le prodigó los cuidados necesarios. Como un bando de golondrinas sobre el agua, doscientos kajaks desaparecieron en pocos minu-

tos de la costa en dirección al iceberg que a la deriva se separaba de la misma por momentos, si bien a escasa velocidad.

En el continente europeo entre tanto, se preocupaban especialmente del salvamento de la expedición. Varios barcos con los mejores pertrechos se hallaban camino del Ártico: rusos, alemanes, japoneses y de Norteamérica. Por lo que a la aviación se refiere se pensó en mandar en su busca a Ernst Udet, un as del aire, que, cargado de medallas y premios de campeonatos nacionales e internacionales, incluso había participado en la guerra europea al mando de una escuadrilla de aviación obteniendo triunfos resonantes.

Nadie mejor que Udet, en efecto, para realizar la arriesgada excursión y servir de enlace a los barcos de auxilio o llamar su atención sobre el camino o el curso que el iceberg pudiese haber tomado, toda vez que la expedición no respondía a las llamadas radiadas que continuamente se le enviaban y si sólo se habían vuelto a oír sus SOS nuevamente una sola vez.

—El silencio de la señora de Lorenz es desde luego un mal augurio. Su aparato emisor debiera funcionar perfectamente. Se propuso cruzar el glaciar de Rink y yo haré lo mis-

mo...—decía Udet al subir a su aparato Motte.

—Es la ruta más indicada...—le dijo despidiéndose de él el presidente de la Asociación de Estudios del Ártico que se interesaba vivamente por la salvación de Lorenz y que había dado a Udet los planos y orientaciones necesarias para la mejor realización de su difícil empresa.

En el iceberg en el que navegaban involuntariamente nuestros desesperados hombres acababa mientras tanto, de desarrollarse la segunda nueva tragedia que iba acabando con nuestros hombres antes de que llegase auxilio alguno. Trasladémonos al campo de acción de dicha nueva tragedia y veamos cómo sucedió.

Al observar Matushek la desaparición de Brand le buscó incesantemente por toda la superficie del iceberg sin encontrar ni huella del mismo ni sospechar la determinación que había tomado de lanzarse nadando a cuerpo limpio hacia el poblado esquimal cercano, consiguiendo su cometido. Para Matushek su amigo y entrañable Brand estaba perdido para siempre lo mismo que Kuemmel. Por unos momentos pensó en Dragan cuya conciencia debía clamar por el fin del desdichado Kuemmel que tan buen compañero

se mostró en cada minuto trancastrado juntos.

Matushek se entristeció, sin querer, sin embargo, descubrir su triste hallazgo a Lorenz ni a su mujer. El hambre lo acosaba a él mismo, que ya no sabía qué pensar ni qué hacer. ¿Se habría suicidado Brand hostigado por el hambre y por el frío pasados en silencio heroico?

¡Pero allí! ¿Qué veía allí? ¡Una pareja de osos polares que se disputaban una foca muerta, sin duda, cazada por ellos mismos, despedazándola y rasgando sus pedazos sobre el mismo iceberg que él pisaba!

Ofuscado por la necesidad sentida, Matushek corrió al cobijo a proveerse de un arma para disputarles la presa codiciada a los osos y aliviar su hambre y así salvar tal vez la vida de sus compañeros y la propia, o al menos prolongarla durante unos días más. El puñal de caza lo amarró fuertemente y aprisa a uno de los palos alpinos por la parte posterior y ello le sirvió de lanza.

Con aquel arma primitiva, Matushek se acercó sigiloso a la pareja de animales que seguían devorando su presa con no menos hambre que la por él sentida, al parecer. Como quiera que mientras el oso polar tiene qué comer rehuye la presencia del hombre, ambos animales se lanzaron al agua con sus peda-

zos de foca siguiendo su festín sobre un pequeño bloque de hielo que nadaba a la par del gran iceberg a su costado. Otro bloque de hielo seguía al primero y Matushek saltó a él obsesionado por la idea de apresar al menos, parte de la foca cuyos trozos eran cada vez más reducidos.

De pronto y a regular distancia de los bichos, considerando Matushek que no lograría quitarles ningún trozo de aquella preciada presa y que, por el contrario, una vez engullido el resto de la misma ambos osos desaparecerían de nuevo, se decidió por atacar a uno de los osos que, caso de conseguir matarlo, ofrecía mucha más presa. Apuntando con su lanza citada, descargó el golpe a distancia sobre uno de los bichos que la recibió de costado, quedando materialmente atravesado por el terrible puñal. Aquel lanzamiento de dardo, colosal, fué estupendo; el oso herido dió un ronquido descomunal y perdiendo el propio equilibrio rodó al agua ensangrentado.

Pero ¡ah! que Matushek mismo no había de obtener beneficio alguno de aquel acto de heroísmo señalado...

El otro oso que vió a su compañero malherido y cayendo al agua en desesperada resistencia, se fijó de pronto en Matushek abandonando su bocado; y como quiera que éste

se hallaba desarmado totalmente, pretendió ganar de nuevo el iceberg para lo cual hubo de lanzarse al agua por hallarse ya algo separado del mismo el bloque que le sostenía.

Una vez en el agua el oso le persiguió con tal rapidez y ensañamiento que presto le alcanzó dándole una dentellada en uno de los brazos; después en una pierna; luego en el cuello; y, finalmente, después de zamborrearlo y tirarlo sobre el agua, para recibirlo después de nuevo en sus abiertas fauces, desapareció con el cuerpo de Matushek bajo las aguas.

Cuando Hellen Lorenz que oyó los gritos de auxilio de Matushek miró hacia el sitio de la desgracia, vió a unos cien metros de distancia cómo el potente oso polar salía de nuevo a la superficie con el cuerpo de Matushek, perdiéndose de nuevo en el mar con su presa.

Un gran silencio reinó en las aguas que se veían a rasgos teñidas de sangre, lo mismo que entre Dragan y Hellen.

—¿No ha podido auxiliar al doctor Matushek? ¿No ha podido hacer nada por él?—le dijo amenazadora ella.

—¿Exponerme así, yo?—respondió el clínico soltando una carcajada.

—¡Pero ni siquiera ha tratado usted de salvarle!—le replicó ella llena de furia.

La hermosura de Hellen Lorenz deslumbró al brutal de Dragan en tales momentos. Solos en aquella fría soledad del iceberg, Dragan fué asaltado por los más lascivos pensamientos frente a ella que no supo o no pudo descubrir sus pensamientos. Hacía mucho que Dragan no veía a mujer alguna, pero mucho menos a una belleza tal como aquella que contrastaba con todas las cantadas por los mejores vatos; al menos así le parecía a él.

Dragan no supo contenerse y dando las espaldas al mar, donde acababa de desarrollarse a sus propios ojos el final trágico de Matushek, cenó en su carcajada diabólica y con ojos centelleantes que buscaban los contornos del cuerpo grácil y esbelto de la señora de Lorenz, se dirigió a ésta a pasos lentos y tratando de cerrarle el paso de una posible huida.

—¿Qué pretende usted, Dragan?—le dijo Hellen retirándose paso a paso y seguida de los de él que por toda respuesta la sonrió lascivo.

Viéndose así acosada por aquel hombre en el que ella finalmente observó una obscenidad manifiesta, Hellen Lorenz corrió asustada hacia el cobijo donde se encontraba su esposo en el lecho, febril. Dragan la siguió amenazador y fué cuando ella gritó:

—¡Carl! ¡¡Carl!!...

Arrastrándose casi salió del escondrijo el tembloroso de Lorenz que al momento adivinó lo que ocurría por el semblante de ambos.

—¡No es nada, Carl!—dijo en estos momentos Hellen sosteniendo a Lorenz que lanzaba a Dragan una mirada de odio horrible.

Dentro del cobijo y nuevamente en el lecho, Lorenz acariciaba a su esposa abrazándola como si temiese perderla, mientras ella le arreglaba los cabellos diciéndole:

—¡Carl, qué dicha estar contigo!...

—¡Ese Dragan!—dijo con voz débil Lorenz imprimiendo un beso en la frente de Hellen.

—¡Carl, no temas! ¡No enturbies tu cerebro!...

—¡Se empeña en amargarnos estos trágicos días!... a Kuemmel, a Matushek... a Brand!...

—¡Tranquilízate... fuera esperan los auxilios de Europa!... ¡No tardaremos todos en regresar a casa!...

Mientras que Hellen pronunciaba estas últimas palabras mintiendo piadosamente a su esposo, éste dejó de observar que dos gruesas lágrimas corrían por las mejillas de su esposa en memoria de sus tristes compañeros.

—...¡Kuemmel se estará enfriando dile a Brand que porqué no viene... demasiado!... Relévalo un poco y

¿Sigue sirviendo la emisora?...—preguntó Carl a Hellen.

—Prueban entenderse con los auxilios enviados con quienes están en comunicación... Las baterías se debilitan y tienen que aprovechar el tiempo—siguió Hellen mintiendo a su esposo para tranquilizarle.

¿Qué sería de Brand?, se preguntaba Hellen para sí. Aquella situación no podía ser más apurada, Dragan entró de nuevo en el cobijo como si nada hubiese pasado.

—¡¡Comida!! ¡¡Comida!!
¡¡Comida!!—gritó a Lorenz.

Hellen aprovechó aquel rato para salir del cobijo agobiada por el temor de perecer pronto en él con su esposo y Dragan si nadie acudía en su socorro. De pronto hicieron su aparición los kajaks numerosos, para Hellen completamente desconocidos. ¡Eran el fruto del esfuerzo del heroico Brand que había nadado hasta el poblado!

Y saliendo Dragan de nuevo se arrojó al mar presa de su pobre locura, buscando su salvación.

Como loca por la sorpresa, sin mirar que Dragan desaparecía bajo las aguas y olvidadas por un momento sus agonías sufridas, Hellen se lanzó de un salto al cobijo.

—¡¡Carl... ya vienen... en nuestro auxilio!!!...

Lorenz se tiró afuera como un oso

terrible mirando a los kajaks y sostenido por la valerosa Hellen a la que sonrió con infinito agradecimiento.

En una especie de puente construido por la unión de varios kajaks juntos, se colocaron Hellen y Lorenz con la ayuda de aquellos nobles indígenas que como poseídos de extraordinario anhelo, sabedores de la obra grandiosa que acababan de realizar, remaban... remaban al vuelo, hasta llegar al poblado donde Brand los abrazó.

Coincidiendo con esta llegada, el hidro Motte de Udet hizo su aparición majestuosa sobre el poblado. Todos se apresuraron a hacerle señas.

En efecto Udet aterrizó como un águila salvadora entre las lágrimas de

alegría de los circunstantes, exploradores y de Hellen.

—¡¡¡ Gracias, amigo Udet!!! —le dijo Brand estrechándolo en un fuerte abrazo inclinada su cabeza.

A las pocas semanas, en Berlín, se celebraba una recepción en honor del aparecido Lorenz y del regreso de Hellen y de Brand, con asistencia de Udet. En medio del silencio absoluto de los invitados oficiales, Lorenz levantó su copa para brindar mientras que imitándole todos se levantaban.

Lorenz brindó tembloroso de emoción:

—¡¡¡ Kucmmel... Matusbek... Dragan!!!... ¡Donde quiere que estén, ojalá sepan que no murieron en vano!...

FIN

Ediciones Biblioteca Films

La más antigua novela cinematográfica

LAS NOVELAS QUE TODOS LEERÁN

PROXIMO NUMERO

"AMORIOS"

(LIEBELEY)

La novela sentimental de las almas sensibles que han experimentado el tormento del amor. Creación de la nueva artista

MAGDA SCHNEIDER

OLGA TSCHETCHOWA

PAUL ORBIGER

Exclusivas CINEAS.

EN PRENSA

MATER DOLOROSA

El calvario de una madre que ama y sufre... La tragedia del amor y de los celos. Llamas de odio y lágrimas de profundo dolor ante la cruda realidad de la vida.

LINE NORO

JEAN GALLANT

SAMSON FAINSLBER

Exclusivas Cineas

PRONTO:

AUDIENCIA IMPERIAL

Marta Eggerth

Exclusiva Febrer y Blay.

EL COLLAR DE LA REINA

Diana Karente

Exclusiva Films Artística Barcelona

UNA DE NOSOTRAS

Brigitte Helm

S. A. de Espectáculos Públicos.

SIEMPRE LO MÁS SELECTO

PIDA HOY MISMO EL

CATALOGO ILUSTRADO

DE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1934

y EL CATALOGO GENERAL DE EDITORIALES "ALAS" que se remite gratis a

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA



PORTADA A TODO COLOR

PRECIO DE CADA TOMO

UNA PESETA

LA MAS SELECTA

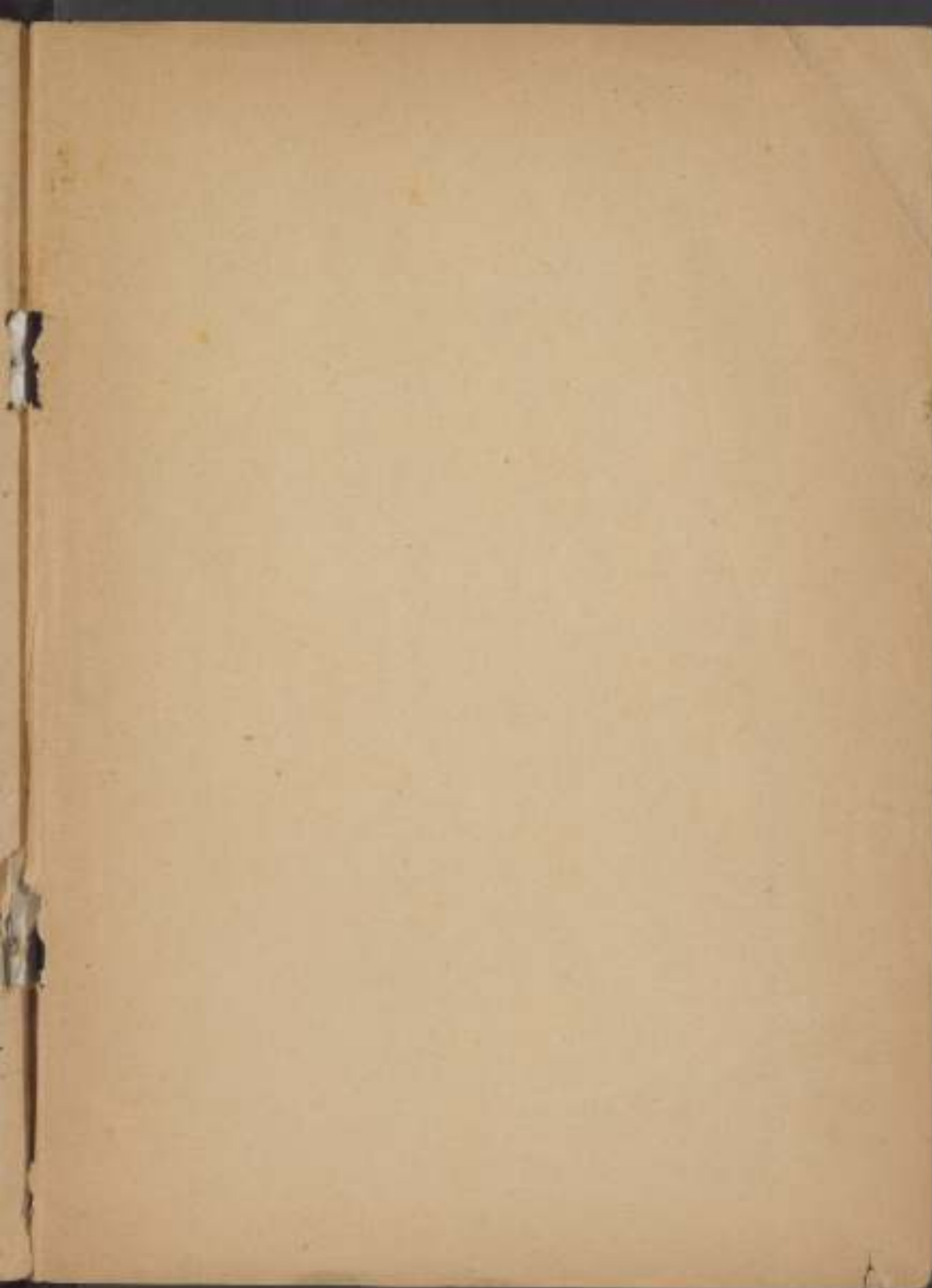


MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Ugite Helm	VICTORIA Y SU HONOR	I. Patrowich
EL LOCO CANTOR	Al Jolson	EL CONGRESO SE DIVIESTE	Lillian Harvey
LOS PECADORES DE LOS PADRES	Paul Jamnagin	REMORDIMIENTO	P. Holmes
EL IMPULSO DEL AMOR	Chevalier	¡QUE PAGUE EL DIABLO!	Ronald Colman
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda	EL DIABLO	John Barrymore
LA INTUBA	Gloria Swanson	BAJO PALMA BANDERA	Richard Dix
LA MARSELLAISE	L. La Plante	MANCHURIA	Fredrick March
¡ME PENTENECES!	P. Barthel	EL BONITO Y EL MONSTRUO	Silvia Sydney
LA FIERRELLA DOMADA	Mary Douglas	DAMAS DEL PESSIDIO	Charlotte Anna
UN HOMBRE DE SUERTE	E. Vilches	ESPERAME	C. Gardel
CASCARRANIAS	Roberto Rey	AMAME ESTA NOCHE	M. Chevalier
NOCHES DE NEW-YORK	N. Talmadge	UN "AS" EN LAS NUJES	Billy Dove
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Pritsch	LA COMEDIA DE LA VIDA	Floriola
EL KÉPPEL PERDIDO	Caaway Terrie	UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles
LAS LUCES DE LA CIUDAD	Charles Chaplin	POR LA LIBERTAD	Lula Trenton
EL NOCHE DE BODAS	L. Argentin	EL MARINO DE MI NOVIA	Maria Uhere
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalbes	PUESTICIO	Adulpho Manjon
EL EMBRUJO DE SEVILLA	Lacru de Guverra	BOCAMOLLE	Bella Norman
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannings	14 DE JULIO	Beno Clair
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald	REDIMIDA	Fredrick March
EL CAVALERO DE FRAC	Roberto Rey	EL MILAGRO DE LA FE	Robert Bosworth
EL COMENDANTE	E. Vilches	LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
LUCES DE HONOR ATRAS	Carlos Gardel	RASPUTIN	Conrad Veidt
EL TENIENTE SEDUCTOR	Chevalier	LA AMANTE INCONITA	Bebe Daniels
EL RECETARIO DE MADAME	Willy Forest	MERCEDES	J. Santpere-Arred
LA ANGLAISA	Joak Nogaro	SUESO DORADO	Lillian Harvey
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena D'Alay	CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
LOS QUE DANZAN	A. Maceno	UNA MUJER PERSEGUIDA	Vivian Gibson
AL ESTE DEL BORNIO	C. Blackford	UNA MUJER CAPRICHOA	C. Culbert
M. DE Vanden de Dusseldorf	P. Lorne	LABIOS BELLAJINOS	Clive Brook
LA DAMA ATRAYIDA	B. Perada	INDULGENTIA	Berta Karloff
FATALIDAD	M. Dietrich	CRUEL DESINGANO	B. Stanwyck
EL PRINCFE DONDELEO	Roberto Rey	INDISCRETA	Gloria Swanson
EVANGELI	J. Barrymore	EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
CARNE DE CABARIT	Loida Toray	DIPLOMATICO DE MUJERES	Maria Maguth
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	B. Karloff	LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
PAGADA	John Crawford	LA HIJA DEL DRAGON	Ann May Wang
CATOLICISMO	G. Froelich	(QUE VALA EL DIABLO)	G. Bancroft
RISME	Loretta Young	VIJE DE NOVIO	Reigina Helm
CIMARRON	Richard Dix	FIJOS DE TIRUNONES	Edward Robbass
EL TERNITO DEL AMOR	G. Froelich	EL MONINSON MODERNO	D. Fairbanks
DISQUINIO	Jack Holt	SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
LA DAMA DE UNA NOCHE	P. Barthel	I. F. I. NO CONTESTA	Charles Boyer
NACIDA PARA AMAR	C. Bennett	MELODIA DE ARRAHAL	Argentina Gardel
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan	EL SIGNO DE LA CRUZ	March, E. Landi
MARIN	Raimu	TODO POR EL AMOR	J. Kiegers
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll	DANTON	J. Gresha
EL ANGEL DE LA NOCHE	H. Twissatres	RETELLA DE VALENCIA	Reigina Helm
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER	G. Froelich	CARADA POR AZAR	Clark Gable
UNA HORA CONTIGO	M. Chevalier	KING-KONG	Max Wany
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Lillian Harvey	YO Y LA IMPERATRIZ	Lillian Harvey
RONNY	Kathie de Nagy	MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney
ATLANTIDA	Reigina Helm	EL BESO EN EL ESPLEO	Nancy Carroll
EL EXPRESO DE SHANGHAI	M. Dietrich	VAMPIRISMO 1922	Warren William
COCKTAIL DE CHLOS	C. Bennett	S. O. S. JUDITH	Red Lorange
UN CHICO CANTADOR	Henry Garat	AMORIOS (Lobely)	Nanda Schneider
LA REINA DEISA	Pola Negri	MATER DOLOROSA	Lili Nari

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707

Valencia, 254 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones con platas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco de gastos.



Ya está a la venta la tercera edición de

EL SIGNO DE LA CRUZ

La novela
cumbre de la
cinematografía



25.000 ejemplares
vendidos en tres meses

EL RECORD
de las novelas cinematográficas

Pida su ejemplar hoy mismo y será obsequiado con
el nuevo y fastuoso CATALOGO ILUSTRADO,
que reproduce las artísticas portadas de

Ediciones Biblioteca Films

1'00 peseta

Propaganda